

- \* UN SANTO MILAGROSO. (Cuento), por Ricardo Fernández Guardia.
- \* ELOGIO A LA LIBERTAD. (Poema) por Emel Solórzano G.
- \* MAX JIMENEZ HUETE, ARTISTA, por Flora Amighetti.
- \* EL PANTANO AEREO, por C. Picado Twight.
- \* EL CUENTO HISPANOAMERICANO, por Emilio Abreu Gómez.
- \* CARTAS FEMENINAS: ¿Una mujer diabólica? por Luz de Alba.
- \* FRANCIA Y SU INFLUENCIA EN LA CULTURA HISPANOAMERICANA, por Federico de Onís.
- \* ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- \* Los libros y los días: LA NOVELA POSTUMA DE MARCEL PROUST, por Ramón Sender.
- \* EL CANTON DE TURRUBARES. (Reportaje gráfico de Orlando Coto.)

San José, Costa Rica, 18 de Julio de 1953.

Nº 58

# Además...

## UN SANTO MILAGROSO

por Ricardo Fernández Guardia

**L**n poco tiempo había cundido por una parte de la provincia de Alajuela, la fama de una imagen milagrosa de San Jerónimo, de la cual se contaban cosas extraordinarias, por no decir milagros. Los vecinos de San Pedro de la Cabalza y de La Sabanilla se mostraban particularmente entusiasmados, y la reputación del santo llegaba ya hasta la propia capital de la provincia, donde, para decir verdad, tropezaba con bastante escepticismo; pero no hay que olvidar que los alajuelenos son inusualmente crédulos empedernidos. Tuvieran o no razón los conciudadanos de Juan Santamaría en mostrar desconfianza respecto de San Jerónimo, es lo cierto que ya no había rosario, vela de angelito, ni otra fiesta alguna en que no se hallara el santo de imagen presente. Todos se disputaban la honra insigne de hospedarlo, aun que no fuera más que algunas horas, y sus frecuentes viajes eran triunfales, en medio de lucido acompañamiento que no le escatimaba la música, ni los cohetes, ni las bombas.

A primera vista la imagen no presentaba ninguna particularidad saliente. Era una escultura tosca de madera, pintada y barnizada, de poco más de un metro de altura. El santo, vestido con un hábito de raso, galoneado de plata, estaba lejos de tener el aspecto de un asceta; antes parecía uno de esos frailes barrigudos e incontinentes que han popularizado las cromotilografías catalanas. Pero este detalle en que sólo habían reparado algunos críticos y mal intencionados de la ciudad de Alajuela no afectaba en nada la devoción de sus adoradores, que no se hartaban de festejarlo ni de besarle los pies.

Las peregrinaciones constantes de San Jerónimo acabaron por llamar la atención de las autoridades y aun por alarmarlas; y no por causa de las manifestaciones de fanatismo grosero que provocaba la imagen en las gentes de los campos, que en esto es siempre mucha la tolerancia. Lo que preocupaba a las autoridades provinciales era algo más grave, era el número creciente de escándalos y peticiones que surgían al paso del santo, el cual iba dejando tras de sí una huella de sangre. Festejo donde el estu-

ra concluía mal de seguro; a machefazos y a puñaladas casi siempre. En el juzgado del crimen se tramitaban varias causas por homicidio: los heridos eran muchos, los contusos legión. El gobernador resolvió entonces cortar por lo sano, ordenando a los jefes políticos y demás subalternos que aprehendiesen a San Jerónimo a todo trance y sin pérdida de tiempo; pero todas las diligencias que se practicaron fueron vanas. El santo se hacía humo después de cada una de sus travesuras, para reaparecer al cabo de algunos días, ya en un punto, ya en otro.

Cuando menos se lo esperaba, y seguían los escándalos, las borracheras y los machetazos.

Furioso por todo esto el gobernador no cesaba de telegrafiar a las autoridades subalternas para estimular su celo, y éstas ya no tenían reposo buscando a San Jerónimo. Esta era la situación cuando Pedro Villalta, cabo del resguardo de hacienda, dijo una tarde al gobernador, en momentos que se preparaba a salir a campaña con sus guardas:

—No tenga usted cuidado, se-

ñor; yo me encargo de traerle el santito ese.

Al oír esto, el atribulado funcionario vió los cielos abiertos y poco faltó para que le diese un abrazo a Pedro Villalta; y como el cabo era perro viejo y muy maertro, aquella misma noche anunció el gobernador en la tertulia que frecuentaba que la captura del santo era inminente, afirmación que fué recibida con mucha incredulidad, provocando gran número de bromas y chascarrillos.

—El tal San Jerónimo no existe— afirmaba el doctor Pradera—. Es una invención de los Sampedreños para ponerle a usted a correr.

El gobernador picado contestó: —Ustedes se reirán y dirán lo que quieran; pero desde luego los convido para que le hagan una visita al santo en el cuartel de policía.

—Pues yo apuesto una cena en contrario— exclamó alegremente el comandante de la plaza.

—Aceptado—dijo el gobernador. Mientras la primera autoridad

de la provincia daba pruebas inequívocas de la confianza que en su habilidad tenía, Pedro Villalta y sus compañeros cabalgaban silenciosos por la carretera a Puntarenas. Ostensiblemente habían tomado aquella dirección al salir de Alajuela al anochecer; pero cuando llegaron a medio camino del barricito de San José, el cabo paró su caballo y dió la orden de volver atrás. Los guardias, acostumbrados a estos manejes, obedecieron sin chistar. De regreso entraron a la ciudad, siguiendo las rondas completamente desiertas, y dando un rodeo fueron a parar al río de la Maravilla. Una vez del otro lado del puente, el cabo dijo:

—Ahora La Sabanilla. Después de un rato de camino, Juan Rodríguez, especie de hércules bonachón y muy cándoro, hizo una pregunta:

—Cabo, si vamos a La Sabanilla, ¿por qué hemos dado esa gran vuelta?

Sonaron risas; pero Villalta que quería a Juan Rodríguez por bueno y valiente, le explicó con benevolencia que aquel rodeo tenía por objeto evitar que los contrabandistas pudieran ser avisados de la llegada del resguardo. Juan que era nuevo en el cuerpo se sintió lleno de admiración por la astucia de su jefe.

—Esas gentes tienen espías y amigos en todas partes—prosiguió Villalta—, pero conmigo se FRIEGAN porque conozco todas sus CABULAS. Esta vez pienso traerme la SACA de los Arias.

Al oír este nombre los guardas azuzaron las orejas. Los Arias eran nada menos que los contrabandistas más temibles de todo el país. De los tres hermanos, José, Ramón y Antonio, no se sabía cuál era peor. Todos ellos se habían hecho famosos cometiendo fechorías inauditas y dando pruebas de un valor temerario en sus encuentros con el resguardo y en el sinnúmero de peticiones que suscitaban por donde iban; y había quien dijera que más de una docena de hombres, entre guardas de hacienda y otros, dormían el sueño eterno por causa suya. A pesar de tantas atrocidades nadie pudo nunca echarles el guante y los tres hermanos continuaban ejerciendo tranquilamente su productiva industria, porque no sólo destilaban aguardiente en una barranca inaccesible de La Sabanilla, sino que también metían de contrabando gran cantidad de coñac, revólveres y municiones, pasando los bultos por las mismísimas barbas del resguardo del río de San Carlos.



—¿Quiénes son esos Arias?—  
volvió a interrogar Juan Rodríguez.

—Los Arias son los peores bandidos que hay en Costa Rica. No permita Dios que te encuentres nunca con ellos—le respondió uno de los guardas.

—Yo no tengo miedo a nadie—replicó con sencillez el hércules bonachón.

—Eso me gusta, Juan,— dijo el cabo que conocía la bravura de su subalterno.

—Pero con los Arias no basta tener mucho valor y mucha fuerza, también hay que andarse muy listo, porque son más malos que el PISUCAS.

Entretenidos en estas pláticas llegaron a Itiquis a eso de las nueve de la noche. El cabo que iba de los últimos con Juan Rodríguez sintió los pasos de un caballo que les venía dando alcance y pronto se les puso a la par. Villalta interpeló al jinete cuya presencia se adivinaba, porque no era posible distinguirlo, tal era la oscuridad de la noche.

—¿Hacia dónde camina, amigo?

—Voy a la Sabanilla, ¿y ustedes?

—Nosotros vamos aquí cerca.

—¿Qué lástima. Hubiéramos podido hacer el viaje juntos hasta la vela de ñor Juan Carvajal.

—Conque ÑOR Juan tiene vela esta noche?

—Sí, y dicen que va a estar muy bonita... Buenas noches, señores—añadió el jinete adelantán dose.

—Dios lo lleve con bien, amigo— le contestó Villegas.

Y cuando se hubo alejado, agregó entre dientes: "Esta noche pescamos algo. Ese viejo zamarrero de ÑOR Juan Carvajal no es la primera zorra que PELA".

.o.o.o.

Muy lucida estaba la vela de ÑOR Juan Carvajal, como todas las fiestas que se celebran en su casa, porque a más de rico era rumboso; pero aquella noche había querido echarla por la ventana en honor de San Jerónimo, que resplandecía sobre un altar improvisado, lleno de cirios y de flores artificiales. Al anochecer había principiado el reventar de las bombas en el corredor de la casa, y desde fuera subían los cohetes con fuerte resoplido, trazando en el cielo un largo surco de oro candente. Luego traqueaban arriba con ruido seco que se repetía por valles y montes, proclamando a varias leguas en contorno la gloria de San Jerónimo y la esplendidez de su anfitrión.

Pasados los rezos, que fueron largos, comenzó el baile con una mazurca que tocaba una música cimarrona compuesta de pistón, clarinete y sacabuche, que hacía uno de esos ruidos que no se olvidan nunca cuando se han oído una vez. No bailaban menos de veinte parejas en la sala, muy adornada con ramas de uruca y tallos de plátanos en las puertas y ventanas. En la pieza vecina, sobre una mesa cubierta de un mantel inmaculado, había gran cantidad de galletas, rosquetes, quesadillas y pan dulce, sin contar dos grandes azafates llenos de biscochos y empanadas. Mientras bailaban los jóvenes las personas mayores que habían rezado a conciencia, iban echándole alguna cosilla al estómago, con acompañamiento de café y chocolate. Entre ellas muchas habían hecho una regular jornada para venir desde sus casas a la de Ñor Juan, situada en pleno campo y a buena distancia de todo lugar poblado; las mujeres en carreta, los hombres a caballo o a pie.

Concluida la mazurca, ÑA Dominga, mujer de ÑOR Juan, cir-

29 de Junio de 1953.

Sres. "La República".

Suplemento "ADEMAS".

Muy señores míos:

Tengo el gusto de adjuntarles una página de una vieja revista, en la que publicaron esos bellos versos que se llaman "Elogio a la Libertad" y que fueron escritos en 1930.

## ELOGIO A LA LIBERTAD

*Loor a la Libertad! Siento que vibra el alma con ardiente inspiración, y ya todo mi sér fibra por fibra, se baña en santo efluvio que equilibra el creciente latir del corazón.*

*¡Divina Libertad! Oh, ¿quién pudiera en estrofa bizarra ponderarte? Y no me culpen, no, que yo quisiera depositar sumiso, antes que muera, un ósculo de amor en tu estandarte.*

*¡Salve, mil veces salve! Siempre has sido del hombre la conquista más preciosa: por ti la humanidad se ha redimido: divisa eres del pobre desvalido, del débil y del fuerte respetada.*

*Libertad es vivir, no se concibe que se aunen la cadena y el progreso: nunca será feliz aquel que vive en helada prisión y circunscribe su pensar a morir, estando preso.*

*Cien edades mil luchas han librado por tener el derecho de adorarte:*

Si hubieran sido escritos en 1948 y el autor hubiese sido yo, no habría dudado ni un momento en dedicárselos a ese Líder que se llama José Figueres.

Si les agradan espero los publiquen en su interesante Suplemento.

De Uds. muy atentamente.

Arnoldo Castro Rojas

*perenne sol que nunca ha declinado que has sido, y serás, contra el osado conquistador el único baluarte.*

*Bolívar, San Martín, Juárez, Morelos, Washington y Martí por ti lucharon: bajo el palio azulado de los cielos riñeron fiero lid en los anhelos que con su heroica fe te consagraron.*

*¡Libertad, Libertad! Sagrada cima conquistada con sangre, noble y brava. A tu conjuro el alma se sublima, se embellece, se eleva y se reanima prefiriendo morir a ser esclava.*

*La paz es nuestra ley, tú el complemento que el cielo en su bondad enviara al hombre.*

*si robada nos fué por un momento se pudo recobrar con el aliento que en el pecho viril puso tu nombre.*

EMEL SOLORZANO G.  
del V Año

culó con una bandeja llena de cigarrillos de papel blanco, poniéndose a fumar los danzantes de ambos sexos. En seguida empezó una extraña ceremonia: 'Señores,—dijo el dueño de la casa— adoremos al 'santo'. Uniendo el gesto a la palabra, se acercó a la imagen y posternado ante ella, le besó largamente los pies. Todos los hombres, una tras otro, hicieron lo mismo. Las mujeres se mostraron mucho menos entusiastas y sólo hubo cuatro o cinco que besaran el pie de San Jerónimo. A la mazurca sucedió un valz y a éste otra mazurca, alternando las piezas de música con otras tantas adoraciones del santo; y ¡cosa inaudita! los hombres se iban achispando sin beber, porque en toda la casa apenas había tres botellas de GUARO mixturado para las mujeres.

Entre las presentes estaban más de cuatro con muy buen palmito, pero ninguna podía rivalizar con María Carvajal, sobrina de ÑOR Juan. Muchacha más hermosa no se hubiera podido hallar en toda La Sabanilla ni en San Pedro; y así vestidita con su camisa descotada llena de lentejuelas y su saya de lana azul con volantes, era una fruta agreste y deliciosa. Todos los galanes presentes zumbaban en torno de aquel plato de miel, pero casi ninguno conseguía acercársele, porque allí estaba el novio de la muchacha, hombre celoso y de pocas pulgas, que sólo le permitía bailar con amigos de confianza, guardándola para sí casi siempre. Por la cuarta vez bailaba con ella al compás de una horrible cacofonía, en medio de la cual se adivinaban a ratos frases de un vals de Straus, cuando de golpe cesó la música con un pitazo lamentable de clarinete.

—¡Alto el baile!— gritó un individuo, plantado con aire insolente en un extremo de la sala. La mano derecha empuñaba el clarinete que acaba de arrebatar al músico estupefacto.

El recién llegado, que parecía ser el jefe de la escolta, como se

tener unos veintisiete años, era un mocetón alto y robusto, de cara que habría podido ser hermosa, a no estar desfigurada por la honda cicatriz de un tremendo machetazo. Los ojos de color indefinido miraban con inquietante insolencia. Vestía chaqueta y llevaba un pañuelo de seda roja anudado al cuello. Alguien pronunció su nombre: "José Arias", en tanto que él, muy tranquilo, exarñaba cuidadosamente a todas las mujeres. De pronto tomó una decisión, devolvió el clarinete al músico aterrado, se fué derecho a María Carvajal, y, sin preámbulo alguno, apartando al aturdido novio, enlazó a la muchacha con sus brazos nervudos y gritó:

—Ahora sí, ¡música maestro!

Los músicos no esperaron segunda orden y se pusieron a tocar desaforadamente, a la vez que el terrible contrabandista y María Carvajal hacían piruetas solitas en medio de la sala que se quedó desierta en un decir amén. Las mujeres se santiguaban invocando los santos de su devoción. Los hombres ardiendo en ira se fueron en busca de sus cuchillos.

La presencia de José Arias en la vela era del todo casual, ningún habitante de aquellos contornos hubiera deseado tener en su casa semejante huésped por muchas razones: una de ellas, porque cuando a José Arias se le metía entre ceja y ceja llevarse una muchacha a la grupa de su caballo, se la llevaba que no había remedio. Aquella noche iba pasando por allí con un compañero de aventuras, cuando oyó la música y vio las luces de la vela. Su primera idea fué meterse a caballo, según lo acostumbraba en estos casos; pero como no tenía prisa, pensó luego que era mejor ir por las buenas, limitándose a bailar una pieza con la muchacha más guapa y seguir luego su camino. Tomada esta resolución pacífica, le dijo a su compañero que lo esperase un momento, echó pie a tierra,

meditaba ninguna pendencia, las colgó en el pomo de la silla junto con el largo cuchillo de cruzeta que se desprendió de la cintura.

Ya se ha visto de qué manera entendía José Arias lo de ir por las buenas. Su natural fiero y semisalvaje no admitía ningunas formas y sólo sabía obrar a impulsos de sus deseos y caprichos. De aquí que no comprendiera bien el alcance de su acto agresivo y que se sorprendiese al ver entrar varios hombres con los cuchillos desenvainados.

—¡Ah coyotes!— gritó soltando a la muchacha que temblaba de miedo—. Ahora van a ver quién es José Arias.

Con rápida resolución de hombre que no se acobarda, echó una mirada en torno buscando un arma con que defenderse. No viendo cosa mejor se abalanzó hacia el altar y arrancó la imagen de un tirón. San Jerónimo pesaba horriblemente, pero el contrabandista, que era de un vigor excepcional, lo levantó con ambas manos y sin esperar a sus adversarios arremetió contra ellos. Estos ya no osaban atacarlo, salvo el novio de María Carvajal, que le descargó una cuchillada que cayó como un hachazo sobre la cabeza del santo.

—¡Los guardas! ¡Los guardas!— gritaron varias voces desde afuera.

Como por encanto se escabulleron los agresores del contrabandista. En aquel momento penetró Juan Rodríguez revólver en mano, más apenas tuvo tiempo de decir: "dese preso", cuando el pobre cayó descalabrado por un formidable santazo. Con la agilidad de un gamo pasó José Arias por entre los guardas sobrecochidos. Un minuto después galopaba saludado por los tiros que le disparaban Villalta y su gente; y como algunos querían perseguirlo para vengar a Juan Rodríguez, el cabo, que sabía que clase caballo montaba el bandido, les dijo sentencioso:

—Es inútil por hoy, muchachos. Quedémonos aquí, porque más va

# MAX JIMÉNEZ HUETE, Artista

Por FLORA AMIGHETTI



MAX Jiménez, cuyo espíritu proteico y atormentado lo llevó a manifestarse en diversos sentidos del arte, es una figura extraña, un como injer-

to, una especie de milagro en este nuestro medio aldeano y pobre. Su mentalidad inquieta no responde al quietismo provinciano que cobija gran parte de las mentes costarricenses.

Max Jiménez Huete anacrónico en este medio displicente y acomodaticio, representa la eterna pelea de la eterna juventud del arte. Por eso Max Jiménez Huete fué incomprendido en Costa Rica; su arte fué superior al medio y ese medio lo hostigó con su incompreensión.

Frecuentemente se acusó a Max Jiménez de diletantismo, de hacer varias cosas sin profundizar ninguna. Sin embargo, nosotros que le conocimos, podemos asegurar que ese aparente diletantismo no era otra cosa que una efervescencia constante, de su madura inteligencia y de su fineza espiritual.

Para muchos, Max Jiménez Huete no es más que un caprichoso hombre con dinero; para nosotros, los que convivimos y vivimos con su obra, y con su arte, será un símbolo eterno de ansia incumplida y de superación intelectual.

Por eso hablamos hoy se hablará siempre en Costa Rica del Max Jiménez Huete artista.

Max está y estará presente con su obra comunicándonos su emoción de las cosas, deformando alargando, hinchando las formas, Max en su pintura resuelve admirablemente la composición, aprovechando todos los espacios, ya sea con dibujo o con magníficas calidades de tonos. Podemos decir que Max es clásico y moderno. Clásico por el color, en su



búsqueda por resolver la técnica, y en su trabajo.

Lo vemos buscando los más acabados y sacándole todas las posibilidades al material y a través de estudios minuciosos y de sus propias experiencias. Se duele siempre de que el artista no prepara sus propios colores como en el Renacimiento; y trae ocos encontrados en el camino de Puntarenas para sus búsquedas incansantes; así lo vimos también en la escultura hacer sus propias herramientas y llegar a la más bella pulimentación de la piedra, enseñándonos hasta dónde podía resaltar la belleza de nuestros granitos rojos, verdes y negros, ennobleciendo el material, pues trataba las piedras con gran respeto artístico, tratando de aprovechar todas sus formas y con horror de desperdiciarla; no se explica las gentes que rompen y rompen y dejan más piedra en el suelo que en la escultura; así consiguió sus obras monumentales y arquitectónicas que se nos presentan por su forma más grande de lo que son.

Su temperamento escultórico lo llevará también a la pintura; sus mujeres monumentales saldrán de la piedra para volar en sus cuadros.

Moderno en su dibujo, en su deformación, "Pintor de cosas fantasmales", como dice Gómez Sicre.

"Sus temas los constituyen seres irreales preadánicos, envuelto en gases o metales imposibles". Su atormentado espíritu se nos presenta en las formas más raras, más originales, en una lucha dolorosa y constante.

A Max Jiménez, como a Goya, no podemos admirarlo solo como artista sino también como hombre.

Max vive una época de gran

efervescencia artística en París: ahí se forma su espíritu y hace escultura, escribe versos: *Quijongo*, *Sonaja*, y en prosa: *El Domador de Pulgas*, *El Jaúl*, su maravillosa novela; estos libros, ilustrados por él con grabados en madera.

Dejando las letras, vuelve a la talla directa que practicó en París: él encuentra que la escultura es un medio sin idioma con el cual podría ponerse en contacto con otros pueblos sin chocar con la barrera que impone la lengua.

Pero luego le resulta demasiado pesada la piedra para transportarla y entra en la pintura.

Expone en París, Nueva York, en la Habana; y también en C. Rica asistimos a una hermosa exhibición de sus pinturas en el Salón de Arturo Echeverría Loria.

No se puede hablar de Max sin evocar su voz. Su palabra era una invitación al trabajo.

La víspera de su viaje me contaba que Degas, el pintor francés, consideraba su maestro a un amigo que le dijo: pinte.

Sería magnífico ver editados sus álbumes de dibujos, lo mismo que su libro de pensamientos que estaba escribiendo.

Las gentes, ávidas unas veces, tercas y obstinadas otras, se empeñaban en que se les explicase con palabras lo que sus cuadros querían decir. Y entonces aún recuerdo su voz profunda: ¿Cómo querrán que explique lo que es una explicación? Gran verdad en cierran estas palabras. Las esculturas, los poemas y los cuadros no son más que explicaciones constantes de estados de alma.

Sus poemas, sus cuadros y sus esculturas serán un ejemplo para las generaciones venideras, de un hombre con dinero que sacrificó su vida al arte y que cayó en el camino crucificado por él, en la inmensa cruz, de su deseo incumplido.

## Correlaciones

por Roberto Brenes Mesén

La mano blanca del niño sacudiendo su gorra abatió la mariposa de color de púrpura y al punto se levanta el doloroso lamento de los árboles frutales del huerto cuya flor oliente se morirá infecunda, y sufrirá hambre y necesidad el campesino, será más alto el precio de la fruta en el vecino mercado, y el niño de la gorra carecerá de ellas tres meses después.

La ligera inclinación del eje de la Tierra ha determinado las formas de la civilización presente y nuestra presencia en el Universo la derrotó el Zodíaco.

Poco vale relativamente la ciencia que intente prescindir de esta íntimas y al mismo tiempo lejanas correlaciones de los fenómenos y de las causas que los generan. Sin la filosofía que asegura la unidad intrínseca y fundamental de las ciencias, serían estas azulejos disgregados de un caleidoscopio universal.

Sólo por las conveniencias del análisis, por la natural división del trabajo, se taján fragmentos del Universo para constituirlos en objetos especiales y separados de las ciencias; pero quien se olvide del conjunto, de la auritmia total carece de la mentalidad del verdadero hombre de ciencia para convertirse en el erudito, en el especialista sin horizontes, colaborador de la ciencia, a veces muy inestimable, pero que no es el hombre de ciencia.

En el flujo de las cosas no hay posibilidad de separar un instante de los demás, ni un grupo de fenómenos del vasto conjunto que compone la infinita concatenación de ellos en la perdurable armonía del Cosmos.



le pájaro en mano que cien volando.

¡Y qué pájaro tan gordo habían atrapado los guardas! Nada menos que el inhallable San Jerónimo, que yacía a la vera del pobre Juan Rodríguez, al cual sus compañeros ayudaban a levantar se. El cabo se quedó absorto examinando el santo. De pronto dió un grito de alegría:

—¡Ya apareció el peine! ¡Ya apareció el peine! —exclamaba a la vez que hacía mover un ingenioso mecanismo, disimulado en un dedo del pie izquierdo de la imagen y por el cual salía un chorrito de aguardiente clandestino. ¡San Jerónimo sangraba

GUARO!

Y Pedro Villalta, más contento que si hubiese descubierto las Américas, alzó la imagen y volviéndola a poner sobre el altar, dijo a sus compañeros maravillados:

—Muchachos, adoremos al santo —y para dar el ejemplo besó con devoción el pie del bienaventurado.

.O.O.O.

A la noche siguiente, gimiendo San Jerónimo con la cabeza rota en dura prisión, el gobernador de Alajuela y sus amigos cenaban alegremente, invitados por el comandante de la plaza que había perdido su apuesta.

## MEDITACIONES

Por LUIS FERRERO ACOSTA



*N Costa Rica todo está por hacer, y lo que creíamos hecho tenemos que rehacerlo. No re negamos del pasado sino que empezamos a valorizarlo. Es una conmoción ecuménica. Por eso no hay que lamentarse, ni sentarse a contemplar ruinas. Así es como figuras elevadas por la publicidad van cayendo por la acción justiciera de la crítica. Todo espera una revisión.*

*Esta actitud escudriñadora, tomada como actitud negativa os tenta,—sin embargo,—una sorprendente fuerza saturnal: destrui, para crear...*

\* \* \*

*Costa Rica tiene innumerables valores, especialmente en la juventud, cuyo conocimiento es necesario. Pueblo que no cultiva su cultura, la difunde y estudie, es pueblo que no anda, según la fraseología martiana, pueblo que no asciende.*

*Muchos valores permanecen inéditos y otros silenciosos. Es necesario ponerlos a trabajar, que se empapen de acción y den sus fuerzas...*

\* \* \*

*Atravesamos una etapa de enriquecimiento, aprovisionamos riquezas y en este caos materialista son poquísimos los rebeldes que luchan denodadamente por la cultura.*

*Rendimos a la educación culto supersticioso: la belleza y magnitud de los edificios escolares nos enorgullecen pero des cuidamos algo más importante: la vocación humana y sabia del hombre; nuestra escuela verbalista y neotécnica está vacía y ayuna del concepto relativo al hombre y al espíritu, descuida lo sabio y humano, lo intangible y ascendente de la cultura. Hacemos de la cultura un movimiento horizontal (ojalá lleguemos a democratizar el humanismo como aspira el doctor Luis Beltrán Prieto) pero dejamos de lado como inútil—y cuán equivocados andamos!—dejamos de lado lo vertical, y nuestra cultura no profundiza ni asciende. La cultura pide horizontalidad, profundismo y ascensión.*

*Como resultado de esa negligencia egoísta Costa Rica desconoce mucho de lo que es capaz su hijo, lo que puede brindarle su gloria y progreso, y que puede espiritualizarla.*

por ANTONIO MEDIZ BOLIO

## El Girasol

Hay en el campo Mayab, entre todas las flores sencillas y las hierbas buenas, esa flor alegre, el girasol, que es redonda y amarilla y que parece que alumina en el monte.

Aquella flor que parece que te está mirando, no es a ti, a quien mira, sino al divino Sol. Pero si ella no mira lo de abajo, tú miras lo de arriba. Para esto te ha sido dada. Para que te acuerdes de la luz, que no puedes mirar sin deslumbrarte.

Apenas la boca del día se abre para tragarse la noche, el girasol levanta su frente y se pone a mirar la luz de arriba. Fija en ella está, y la sigue contemplando en todo su camino. Parece que esa flor a llegado a tener la figura del sol. Porque no mira más que a él, a él se le parece.

Siéntate delante de ella y levanta tu espíritu a pensar, mientras la estás mirando. Ve cómo la flor se abre y se pone a recibir el amor caliente y claro que baja sobre ella. Y parece que no está para otra en medio del todo lo que hay sobre el mundo.

Verás cómo se dobla y da la vuelta, poco a poco, para estar mirando al sol que resplandece. Verás cómo luego, cuando se acuesta el día y entra en el aire la oscuridad, ella se cierra y recoge para guardar la luz que ha recibido.

Míralo bien y apréndelo. Y cuando encuentres esta flor dichosa, no la arranques, sino acaríciala con amor y sorpresa de ternura. Y si algo quieres procurar, procura ser dentro de ti como es ella y propónte hacer en tu corazón, lo que ella hace.

## LA CEIBA...

Hay el árbol bonito y alegre de la ceiba, que tiene el tronco liso y ancho y sus ramas largas y rectas, como un techo. De allí cuelgan sus niños los yuyumes de color de oro que cantan al sol de la mañana y allí se paran a acariciarse las palomas.

El viento bueno, hace su casa en la copa de la ceiba, y las mariposas radiantes, de alas azules y verdes, vuelan al rededor.

La tierra en que este árbol siembra sus raíces, está siempre húmeda y viva. Porque es santo y amoroso, da la sombra de la felicidad y por eso los hombres buenos, cuando se mueren van a sentarse debajo de la ceiba grande, que está arriba del cielo alto. Allí tienen siempre buen tiempo y alegría, y lo miran es para ellos un año, que otro año.

Los hombres antiguos sembraron este árbol en medio de las plazas de sus pueblos, como mostrando que él era el centro de la vida y del mundo. El estaba en medio de todas las casas, las protegía y daba tranquilidad.

Debajo de la ceiba se hacían las fiestas a los huéspedes y se ataban los amores puros, y allí se levantaban las colmenas para cosechar la miel.

Así es el árbol bueno que hay en el Mayab. Cuando viayas por tu camino, mira bien los árboles y escoge.

## LA GRANDEZA DE LOS PUEBLOS

Por VICTOR HUGO

No hay pueblo pequeño. La grandeza de un pueblo no se mide por el número, así como el valor de un hombre no se mide por la estatura. La única medida es la cantidad de inteligencia, la cantidad de virtud. El que da grande ejemplo, es grande. Las pequeñas naciones serán grandes el día en que, al lado de los pueblos fuertes en número y vastos en territorio, que se obstinan en los fanatismos, en el odio, en la guerra, en la esclavitud y en la muerte, practiquen sinceramente, honradamente la fraternidad; renuncien al sable, supriman el cadalso, glorifiquen el progreso y sonrían serenas como el cielo. Nada de palabras vanas. No basta ser la república; es preciso ser la libertad. No basta ser la democracia, es preciso ser la humanidad.

EN ZAMORA  
O EN MEDINA

Por AZORIN

Pues, señor, una vez era un rey...

No, no era un rey. Una vez era un gran caballero...

Tampoco; no era un caballero. Era un valiente capitán...

Tampoco; no era un valiente capitán... ¿Qué era entonces? ¡Ah, sí!

Una vez era un niño. Un niño que vivía en una ciudad de castilla: Valladolid, Zamora, Medina del Campo. En esa ciudad este niño moraba en un hermoso caserón de piedra. Los muros son de piedra; herreros han golpeado con sus martillos los hierros de los balcones y han hecho de ellos lindos barandales; encima de la puerta hay un escudo de piedra. Entramos en la sala; se ve primoroso en ella un ancho zaguán; luego, por la espaciosa escalera, se sube a unas amplias habitaciones. Antes, en esta casa, se veían ramos de flores encima de las mesas y de los escritorios; ahora, hace ya tiempo que nadie corta flores en el huerto. El huerto está detrás de la casa; crecen de sus vales y arriales rosales, jazminares, adelfos. Cortaban las flores unas manos blancas y finas. Con mucho cuidado unían en una un haz de rosas y los jazmines. De cuando en cuando una risa, un jazmín, eran oídos suavemente. Después hecho ya el ramo, era subido a las estancias de lo alto y era puesto en un lindo búcaro de cristal. ¡Qué bien olía toda la sala con esas flores! Amad las flores; amad las rosas, los claveles, los jazmines, los bardos. Andando el tiempo, en vuestras alegrías y en vuestras tristezas, las flores, sólo las flores pondrán un matiz de consuelo o de exaltación. Unas flores reinarán con vosotros — en día feliz —, o unas flores llorarán con vosotros — en día infausto.



Huyamos. ¿queréis? el invierno, las nieves y las brumas. Vamos a calentarnos al país del eterno sol, donde el mundo de las plantas no conoce ni tregua ni reposo y no interrumpe jamás el vuelo de su lujuriente vegetación. Allí, en vez de nuestros bosques adormecidos encontraremos los esplendores de la selva tropical, siempre despierta, siempre en trabajo, donde la vida vegetal, ha dicho Stanley, se afirma colosal, apacible y silenciosa, y sin embargo magníficamente solemne.

## J. Constantín. La nature tropicale.

por C. Picado T.



ABEMOS que generalmente no existen pantanos permanentes en los grandes bosques. Esto se concibe fácilmente. Se ha calculado, en efecto, que un bosque de encinas, por ejemplo, pierde en un año una cantidad de agua suficiente para formar un lago de una profundidad de medio metro y cuya extensión sería igual a la del bosque. Si esto pasa con plantas tales como las encinas cuya superficie de vaporación, es rela-

viento hace caer entre ellas polvo orgánico y mineral que se deposita en el fondo de la charca vegetal y constituye allí una especie de barro. Las Bromelias viven a expensas de estos detritus y de esta agua, sin pedir al árbol que las sostiene ni gota de su savia.

Debido a la activa nutrición de la planta, la putrefacción no aparece en las charcas aéreas y allí pueden vivir hasta los animales acuáticos más exigentes en cuando a pureza del agua. Los unos depositan allí sus larvas, otros viven constantemente bajo el agua, algunas vienen a buscar humedad y no pocas una presa.

Las Bromelias dan albergue a gusanos acuáticos tales como sanguijuelas y ciertas lombrices, ranas, animales del grupo de los cangrejos, larvas de libélulas, de tábanos, de zancudos y otros moscos; bástenos decir que hay unas 250 especies conocidas de animales que habitan las Bromelias.

El pantano aéreo es perenne, pues lo surten no solamente la lluvia y el rocío sino el vapor de agua que por la noche se condensa entre sus hojas.

¿De dónde provienen los animales de las Bromelias, cómo pasan de una planta a otra?

En cuanto a los insectos alados poco hay que decir, pero en cuanto a los animales sedentarios tales como lombrices, sanguijuelas y otros, ¿cómo llegaron a las Bromelias por primera vez?

Muy probablemente los primeros ejemplares de estas especies cayeron entre las hojas de las Bromelias llevados por los torrenes que se desbordan y salpican los árboles desde su cima, una vez allí se adaptaron a la nueva vida.

En cuanto a la transmisión de la fauna de una Bromelia a otra, el caso se explica fácilmente; las Bromelias se reproducen principalmente por retoños que nacen dentro de las hojas de la planta madre y por consecuencia, al crecer, llevarán los gérmenes de las especies que habitan la planta primitiva.

He a qui, pues, resumida la historia del gran pantano aéreo que se extiende por toda la América intertropical.

Las Bromelias, bellos cálices abierto al cielo, nos ofrecen no solamente con la alegría que nos da su belleza y con el himno constantes que canta su poética historia, sino también... con los agentes que nos transmiten el paludismo y múltiples enfermedades, y los elevan fuera de nuestro alcance, hasta 50 y más metros, como para burlar nuestra pobre condición de terrícolas.



tivamente pequeña, y en países sujetos a las cuatro estaciones, con mayor razón se pasará en los bosques tropicales constituidos por árboles gigantes sometidos a un calor tórrido durante todo el año. Otras causas se unen a impedir los depósitos de agua en los bosques; una de las principales es el drenaje del suelo por las raíces de los árboles; éstas, aún después de muertas, constituyen verdaderos tubos que se introducen en el suelo a 20 o más metros conduciendo el agua a grandes profundidades. Los bosques tropicales y los pantanos pa-recen, pues, excluirse unos a otros.

Esto nos haría pensar que los animales que ordinariamente habitan los pantanos, sea durante toda su existencia sea durante un período de su vida, faltan en los bosques. Nada más erróneo; en pleno bosque encontraremos las hermosas y espléndidas libélulas, coleópteros y cuya larvas son acuáticas y sobre todo, una legión de zancudos que vienen a demostrarnos su existencia con pinchazos a plena orquesta.

¿De dónde vienen estos animales y de dónde están las charcas necesarias a su desarrollo?

— ¡Están en el aire!

En efecto, allá en lo alto viven las Bromelias que parecen ser las ánforas y las copas que con sus torcidos y largos brazos extienden los árboles pidiendo al cielo sus gotas de rocío. Ni una gota se pierde, pues estas plantas tienen hojas en forma de cartucho que parecen salir de un punto común y debido a esta disposición pueden retener hasta 20 litros de agua.

Se sabe que el agua no cae entre sus hojas, sino que el



# El Cuento Hispanoamericano

por Ermilo Abreu Gómez



L cuento hispanoamericano es uno de los pocos géneros literarios que, para organizarse en nuestros días —quiere decirse a partir del siglo XIX— no tuvo necesidad de esperar la influencia o la dirección de los modelos europeos. La razón parece obvia. El cuento hispanoamericano encontró materia en el torrente de los relatos que nos legaron los hombres primitivos de estas tierras. Los cronistas de los siglos XVI y XVII recogieron algunas muestras del género. Para aceptar esta idea basta leer, por ejemplo al Inca Garcilaso de la Vega (Perú), a Bernardino de Sahagún, a Fray Diego de Landá y a Motolinía (México) y, a Lucas Fernández de Piedrahíta (Colombia). También se encuentra material de esta especie en los libros de carácter indígena —anteriores o posteriores a la Conquista— tales como el POPOL VUH y los diferentes códices llamados de CHILAM BALAM. Por el con-

tenido que muestran estas aportaciones se advierte que sus temas participan, por igual, de lo histórico, de lo legendario y de lo anecdótico. No sería exagerado decir que hasta revelan alguna técnica. No importa que ésta sea ingenua e insegura; a pesar de sus quebrantos posee sentido estético y no poca experiencia expresiva. Algunas de sus páginas —por su sobriedad— parecen que han pasado por varias etapas de decantación. Lo que ofrecen puede tomarse como esencia de los temas y formas del cuento primitivo.

En la época moderna varios investigadores, recurrieron a otras fuentes, vienen recogiendo parte del caudal de los primitivos relatos indios que por la vía oral se conservan. En este terreno mucho se ha hecho, pero, con todo, el campo es tan vasto que todavía han de lograrse más para la gloria del espíritu del hombre primitivo.

Pero no obstante la evidente presencia del cuento primitivo, éste no fué ni divulgado ni desarrollado en el período virreinal. Para explicar el fenómeno a caso sea prudente recordar el efecto de las Leyes de Indias, sobre libros de imaginación. Es un hecho que la letra de estas leyes no siempre fué efectiva, puesto que los libros de tal índole (novela, cuento), llegaron a España —según han comprobado investigadores modernos. Pero su espíritu, sin duda, limitó la franca lectura de tales libros. Hasta provocó su ocultamiento y favoreció su destrucción.

¿Cómo explicar, de otra manera la casi total ausencia de dichos libros, de nuestras bibliotecas virreinales, profanas y religiosas? Semejantes leyes, a nuestro ver, inhibieron la curiosidad de los eruditos para recoger y el deseo de salvaguardar los cuentos indios que circulaban de modo oral. Y así éstos acabaron por ser olvidados. Y en este olvido permanecieron hasta que llegó el siglo XIX. Entonces las puertas del espíritu se abrieron: y el cuento se mostró con entera franqueza. En antiguo y el moderno, con frecuencia, se nos entregan en forma confusa.

A partir del siglo XIX el cuento hispanoamericano siguió una carrera de definición y ascenso. Aprovechó claro, la técnica de las escuelas vigentes en España, e, intermitentemente, observó los medios de Francia, de Inglaterra y de Rusia, y así fué sucesivamente, romántico, costumbrista, realista y naturalista. En el período inmediato —el del modernismo— el cuento adquirió un valor casi exclusivamente formal. Pero, tras el período modernista, con la resurrección de la novela americana, en ple no siglo XX, el cuento adquiere un conjunto de técnicas y de propósitos, a tal grado, que hoy se puede decir que hay en nuestra tierra, no sólo cuentistas, sino también el género misceláneo, pleno de acendrada materia original. El cuento —ya esencialmente americano. Pero a pesar de eso no lo conocemos bien. En gran parte está disperso; por esto se hace necesario conjuntar los mejores ejemplos

## Así visten ellas

DYALA SALOM

RODRIGUEZ

Morena evocación del lirio... Tarde ungida por la gracia de un crepúsculo florido... Sándalo y nácar... Y llega al instante su sonrisa como una aurora de un oriente encantado...

(Foto Solano)



## HAGASE MAS BELLA



muy desagradables. Lo más indicado es preparar un baño de vapor para el rostro y así, debajo de la toalla indispensable para evitar escapes de vapor, se presionarán los puntos negros hasta hacerlos salir. En esta forma la piel se suaviza y la extracción de las espinillas no deja huellas. Después se seca el rostro con telas muy suaves y se aplica sobre él el siguiente preparado:

Glicerina pura	.....	2 gramos
Agua de hojas de durazno maceradas	..	20 gramos
Alcohol de hojas de durazno	.....	100 gramos
Jabón medicinal	....	125 gramos

Deben aplicarse en el rostro fomentos fríos después del tratamiento de vapor. Esto debe repetirse dos o tres veces por semana y se procurará que el estómago marche bien. Para lograrlo se tomarán de preferencia frutas y legumbres durante el tratamiento. En la alimentación se evitarán las grasas y carnes de cerdo, las salchichas, el tocino, el salmón y el atún, el exceso de azúcar, las frutas secas, las mermeladas y el chocolate. Naturalmente que todo esto representará sacrificio; pero se logrará desterrar esos feos puntos negros que hacen desagradable el rostro más hermoso

### CONTRA LAS ESPINILLAS Y PUNTOS NEGROS

Nunca deben extraerse las espinillas oprimiendo la piel entre las uñas porque siempre quedarán manchadas de un color violáceo.

**CREMA de ALMENDRAS FLORA**

SUAVIZA, REFRESCA, NUTRE Y DA HERMOSURA A SU CUTIS.

Úsela diariamente antes de empolvarse.

# CARTAS FEMENINAS

¿Una mujer diabólica?

Estimado señor Director,

Tengo una amiga muy estimada y muy querida. Hace sus estudios de último año en la Escuela de Pedagogía. Será, dentro de muy poco tiempo, una maestra de las mejores por su inteligencia y por su entusiasmo.

Conversábamos las dos en la intimidad de mi estudio. Vino a leerme un trabajo de apreciación artística acerca de esa maravilla literaria que se llama DON SEGUNDO SOMBRA. Debía presentarlo al día siguiente al juicio de una de sus profesoras. Me agradó la manera en la que mi bondadosa amiga había desarrollado la tarea impuesta. Supo enfocar el problema, tanto desde el aspecto psicológico del simpático viejo gaucho, cuanto desde el punto de vista moral subrayado, con acierto efectivo, las muchas frases de valor ético que embellecen la obra; sin olvidar el concepto literario en aquellos múltiples momentos en los que le pareció señalar metáforas y otros detalles que dan inefable belleza al estilo.

Luego, hablamos de otras cosas. Un poco de maledicencia: es tan sabroso señalar defectos en nuestros semejantes, los mismos que tenemos nosotras. Conversamos acerca de modas y acerca de modas. Después de hacer vagar nuestras imaginaciones por aquí y por allá, soslayando este y aquel argumento, guardamos un silencio evocador de muchos lejanos anhelos.

Vió el título del libro que estaba leyendo: LAS DIABOLICAS del diabólico Barbey d'Aurevilly, uno de los escritores, por él mismo bautizados con el nombre genérico de profetas del pasado. Hablamos del autor, de sus predecesores y de sus compañeros de grupo literario. Surgieron, en la conversación, el pesimismo de clásicas aspiraciones de José de Maistre y el romanticismo católico de Lammenais y de Chateaubriand. Vinieron a nuestras mentes las muchas conferencias en las que escuchábamos, admiradas, los nombres de Villiers de l'Isle Adam, el de las crueles ironías y de León Bloy, el humanista católico que mucho bien hizo a tantos corazones como el del simpático jefe del neo-tomismo Jaime Maritain y el de la no menos simpática y deliciosa Raissa Maritain. Alguien señala, en Barbey d'Aurevilly, el feroz talento satírico que posee. Otro dice que lo más interesante de su obra es el aspecto satánico: es, en prosa, como uno de los tantos poetas malditos.

Recordamos, una por una, a todas las magníficas diabólicas descritas admirablemente por él. Nos detuvimos en la ingenua malicia de la Pequeña Máscara; en la rara psicología de quien se ocultaba tras la cortina carmesi; en la maldad insinuante de Altaclara; en la rara afición a las resedas que manifestaba la condesa de Stasseville; en las múltiples infidelidades de Rosalba, la Púdica; en la orgullosa y vengativa duquesa de Arcos de Sierra Leona. Un conjunto perfecto de audaces relatos con los cuales el autor quiso inspirar desgano hacia las influencias reales que sobre el mundo ejerce en todo momento el infatigable y astuto Satanás. Es una serie de tragedias que se desarrollan en las almas de seis mujeres que, sin desearlo, llegaron a ser consideradas como diabólicas.

Conociendo el interés que siempre me ha inspirado la literatura de nuestra querida Costa Rica, la inteligente amiga mía exclamó de pronto: ¿Crees que haya diabólicas en las novelas costarricenses? — Claro que sí, le contesté en seguida, y muchas! — Por qué no hablas de ellas?, volvió a preguntar. Por qué no dices algo, por ejemplo, de esa diabólica que Rosalía de Segura escribe en su tercera novela: FLORACIÓN DE PECADO?

Como le aseguraba que no creo que Vivian Asturias, la protagonista, sea una auténtica diabólica, me pidió que leyera de nuevo el relato y que le escribiera la impresión que esa lectura reciente me causara. Le prometí hacerlo. Aquí está, señor Director, el análisis ofrecido a la inquieta y curiosa compañera.

Vivian tiene veintidós años. Acaba de divorciarse del hombre en el que había puesto sus más profundas ansias de amor. De ese matrimonio, que fué tejido por las peores humillaciones, le quedó un hijo. La hermana suya, Beatriz, casada también, no es lo intencionalmente dichosa que ansiara en su hogar: faltan en él las deliciosas travesuras de un chiquitín.

Vivian, divorciada, es feliz en la absoluta renuncia al amor. Rompe esa serena felicidad, la inesperada muerte del hijo adorado por sobre todas las cosas. En el alma de la madre angustiada, se efectúa una transformación la cual se basa en la creencia que tiene de no ser comprendida, de ser víctima de un destino ingrato, de ver recompensada, con dolores íntimos, la serena aceptación que hasta entonces ha hecho de cuanto la vida injusta le ofreciera en el ciego reparto de tristezas y de alegrías, de angustias y de esperanzas.

Se convierte en delicia para los hombres y, en consecuencia, en angustia para las mujeres. Es la inconquistable que parece fácil de conquistar. Es la deseada por todos y por nadie poseída. Es la extraña de todos los momentos. En lo íntimo de su conciencia, no hay perversidad, no existe atisbo alguno de coquetería. Desea olvidar el vacío inmenso que llena su corazón. Quiere ahogar, en el bullicio, la propia angustiada desilusión. No es posible pensar que abrigue, en su alma, anhelo alguno de venganza. Es lo bastante noble para no sentir aspiraciones tan bajas.

Aprende, de la vida, a vivir. No sabe de hipocresías llenas de temor. No pretende encontrar, en los demás, especialmente en los hombres, lo que está convencida de no encontrar allí. Ofrece a todos y a todas lo que una mujer, consciente de su propio valor moral, puede ofrecer: amistad sincera. Conoce el umbral invisible en el que la amistad se convierte en amor. Ese umbral no ha de traspasarlo aun cuando muchos quisieran obligarla a hacerlo.

# Francia y su Influencia en Cultura

Por FEDERICO DE ONIS

(Columbia University, N. Y.  
Casa Hispánica)



CULTURA española es la de España y es la de América, la de la América donde los españoles dejaron con su lengua y con su sangre, para siempre, su espíritu. Aunque las dos vivieran de espaldas la una a la otra, aunque evolucionaran en los sentidos más diversos, ambas serían igualmente españolas y la que más se apartase de nuestro presente y nuestro pasado sería la más española, porque sería la más original. No quiero decir, pues, que los pueblos americanos sean españoles porque haya en ellos mucho de lo español de España. Desgraciadamente esos pueblos no han tenido fuerza suficiente de renovación y —españoles también en esto— llevan sobre sí un error enorme peso de tradición muerta, de tradición que han dejado morir y que ya no es tradición.

Probablemente esto ha ocurrido por lo mismo que los americanos durante el siglo XIX han querido creer que la tradición española no era su traducción y que podrían ignorarla y destruirla en su seno yendo a buscar en otras partes los fundamentos de su civilización futura. Y se ha querido creer que así ha ocurrido y se ha repetido y se ha convertido en un lugar común la afirmación de que los hispanoamericanos son por su lengua y hasta cierto punto por su raza, españoles, pero por su cultura franceses, y hasta muy a menudo se han cambiado

el nombre y muchos de ellos han querido llamarse, y muchos de los otros han querido llamarlos latinoamericanos, y a la América donde se hablan las lenguas peninsulares castellana y portuguesa, la América Latina.

Sin embargo, está enamorada del amor. El inquieto sentimiento ha de dominarla una vez más, una sola vez más pero para hacerla sufrir. Cree que es de hielo, que en su corazón siempre perdura el invierno. No sabe que las ansias de la primavera están vivas y luchan por romper las nieves de las que están cubiertas.

La imposible maternidad de su hermana Beatriz le causa desasosiego. Es necesario que se salve el hogar huérfano de risas y de travesuras. Y ha de ser ella quien logre hacerlo.

Aquí, tal vez, mi amiga haya encontrado razones para hablar de satanismo en el alma piadosa de la gentil protagonista.

Enamora a su cuñado, para tener de él un hijo. Se las arregla en forma tal que le es posible engañar al mismo Octavio haciéndole creer que aquel niño es hijo suyo y de su propia esposa. Todo esto, naturalmente, de acuerdo con la hermana Beatriz.

Es un sacrificio que no cabe en una alma diabólica. Cree que su espíritu está muerto para el amor. Se convence ahora de que está locamente enamorada del hombre que la hizo madre. Del hombre que la desprecia porque ella así lo quiso, para alejarlo de su lado, para no oscurecer la dicha de la hermana adorable y adorada.

Emprende viajes sin rumbo. Parece una golondrina inquieta. Pretende, así, ahogar recuerdos, mitigar el ansia insaciable de cariño que la angustia en todo momento. Ahora la pasión que la dominara en los instantes de entrega absoluta en brazos de su cuñado. Siente sed de caricias, infinito anhelo de besos prodigados a un hijo que fué suyo y que ya no lo es.

Sólo puede besarlo y oírse llamar dulcemente ¡mamá! cuando la Muerte la hace su presa valiosa.

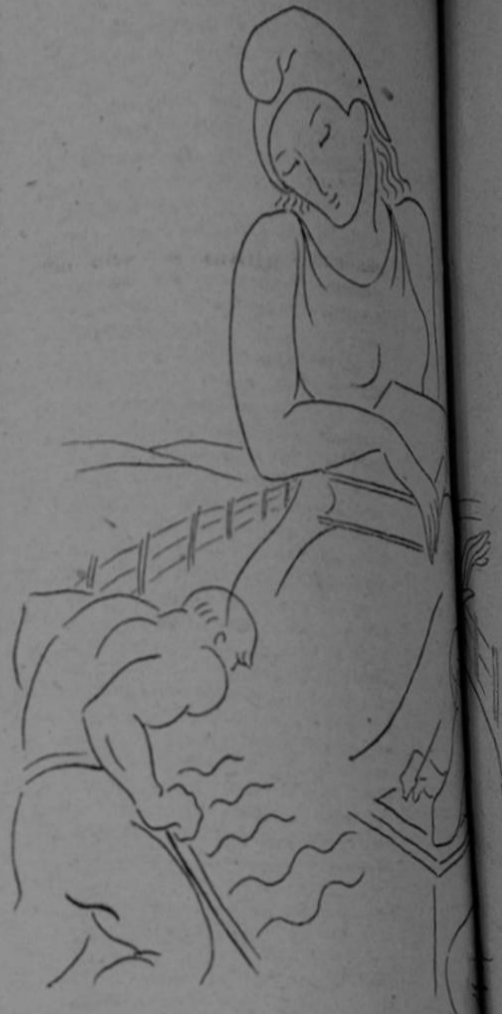
Se aleja del mundo satisfecha. Su sacrificio no fué estéril. La felicidad de su hermana surgió al conjuro de aquella renuncia sublime.

No puede hablarse de satanismo en esta novela de valiente pluma femenina. No es, no puede ser satánica la generosa Vivian Asturias.

En nuestra literatura, de valores indiscutibles, hay otras, muchas otras mujeres que si son diabólicas, intensamente diabólicas como las descritas por el satánico Barbey d'Aurevilly. A ellas he de referirme en próximas ocasiones.

Con simpatía, saluda al señor Director de "LA REPUBLICA",

LUZ DEL ALBA  
en San José, a principios del mes de Julio, 1953.



No se crea con español voy a denar en que puestas las con paña esta en los am canos de... Preci mente lo que el en este año, perfid dad de... inexactitud... A rica España... liberada de... cías a su... A tir esto... que mitir que... existir por... fluencia de... hon tan duran... A ca haya... yo ro decir es... en fra respect... er posición... que respect... América... los españoles... niás dere... americanos... chazar como... tórico de... hablarse en... A tranjeros... clón en que... ar nos se en... paña es la... habiendo... pulso hacia... eran colon... rarse de... pueblos inde... sus puertas... cesa y han... su civiliza... española por... cesa por el... parece sob... metrópoli... tradición, se... cada vez más... guas colonias.

Esta expli... perfidial ha... ta compren... rica española... lo esencial... ñola es y... de ser Amé... Todos sus pro...

su historia española y en sus nuevas condiciones americanas. Una influencia extranjera de cualquier orden —la de España de hoy sería también una influencia extranjera— puede prestar y ha prestado, una fuerza enorme al desarrollo ulterior de esos pueblos, siempre que esa influencia actúe como un fecundante de sus cualidades nativas, es decir, hispanoamericanas, y no como un sustituto de ellas. La civilización en esos países, como en todos, no se desarrollará sino en el grado en que sean capaces, no de imitar, sino de asimilar de un modo original la civilización de los otros pueblos. Esta asimilación despertará y enriquecerá, pero no desvirtuará ni matará, su genuina personalidad.

La influencia de Francia no ha matado la personalidad de los pueblos hispanoamericanos como no ha matado la de España tampoco; ha contribuido por el contrario a vivificarla. Hacen bien los americanos en estar orgullosos de esas influencias, y es, en cambio, de españoles mal nacidos el no reconocer lo que la España moderna debe a la cultura francesa. España debe a Francia, a la civilización francesa me refiero, probablemente más que lo que la deben los pueblos americanos que tan orgullosos se sienten de esa maternidad espiritual. Todo el problema de la vida moderna de España durante los últimos siglos, ha consistido en levantarse de la decadencia del siglo XVII, producida por lo que fuera. El caso es que España necesitaba hacer un esfuerzo para incorporarse de nuevo a la civilización europea, que había seguido un camino poco divergente del que España brillantemente siguió. Y durante esos dos siglos de penoso caminar hacia

arriba, Francia ha sido nuestro guía, y entendiéndolo a Francia, en ella y a través de ella, España se ha vuelto a poner en contacto con Europa, de cuya influencia estaba sedienta por secular aislamiento.

Los americanos no se alejaron de España al afrancesarse puesto que España se afrancesó igualmente. El siglo XVIII había sido un siglo de afrancesamiento. Los americanos hicieron su revolución en la que jugó su parte la ideología de la revolución francesa, y los españoles hicieron la suya igualmente, y los principios y las leyes y las instituciones de la Francia democrática se han incorporado durante el siglo XIX a la vida pública española. Los hombres cultos de España y de América se han formado casi exclusivamente literarias y políticos franceses, y su formación y sus lecturas han sido casi exclusivamente literarias y políticas. Apresurémonos a decir que la influencia política de Francia en España no se ha ejercido sólo en el campo de liberalismo y en el sentido de la democracia sino en el de la reacción; la ideología católica española del siglo XIX y el tradicionalismo han venido de Francia y son tan poco castizos como el liberalismo político.

Yo no sé si toda esta influencia de Francia ha producido siempre buenos frutos en España y en América; lo que sé es que si no los ha producido la culpa no es de Francia sino nuestra, por no ser capaces de asimilarnos bien aquella influencia, o por pretender torpemente adivinarnos algo que no convenia a nuestra naturaleza o que no era bueno en sí. Lo que sé es que nosotros hemos tomado a manos llenas de Francia, que nuestra literatura y nuestra política y nuestra ciencia se han inspirado en los modelos de Francia, y que apenas si hemos conocido algo de otros pueblos que no lo hayamos conocido a través de ella. Y, sobre todo, lo que sé es que no hay diferencia apreciable en el modo como esa influencia se ha ejercido sobre los pueblos hispanoamericanos y sobre España.

La influencia se ha desarrollado en un modo paralelo en ambos lados y además —¿cómo no?— ha habido una transfusión mutua. Mucho de lo que América ha recibido de Francia ha sido a través de España, a través de nuestros escritores y de nuestras casas editoras que tanto venden en América como en España. Naturalmente que las personas cultas en América como en España leen las obras francesas en francés; pero las casas editoras españolas han difundido entre el gran público una cantidad enorme de traducciones de obras francesas y de las de otros países vulgarizadas por Francia. Esas traducciones suelen ser muy malas, pero es in calculable el beneficio que han hecho en los países de lengua española. Más tarde ha venido una época de mayor exquisitez y selección y hoy se traduce mucho más noblemente.

Los americanos a su vez han enseñado a los españoles a ver ciertas posibilidades de la influencia de Francia. Nunca ha habido una comunidad mayor entre España y América que en los primeros veinte años del siglo XIX en los que precisamente los americanos influyen más fuertemente sobre los españoles. La prosa y el verso castellanos se han renovado; escritores americanos y españoles han venido a cabo la obra y una vez más la luz ha venido

## Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Noé Solano V.



de mano férrea.

ON Eustoquio Rodríguez, bohemio empedernido, era un admirador de General don Tomás Guardia, hombre de gran carácter

dencial y decididamente lo abordó:

—“General, ¿qué hubo de mi puesto?”

Don Tomás Guardia dijo a su partidario que esperase, que era indispensable que hubiese una vacante, a lo que Rodríguez, con gran vivacidad, replicó:

—“Recuerde don Tomás que cuando lo trajimos a usted a la presidencia de la república, ESTABA NO SE ENCONTRABA VACANTE”.

(La ingeniosa salida de don Eustoquio le valió muy poco porque no logró ser destinado.)

## CECIL J. RHODES

Nacido el 5 de julio de 1853, Cecil J. Rhodes parecía destinado a una modesta carrera eclesiástica. Su porvenir se decidió en un viaje que hizo a Natal para restablecer su salud. En aquel viaje quedó transformado en un gran financiero y un gran servidor del Imperio Británico. Los diamantes le enriquecieron y el patriotismo le transformó en pro-cónsul, “despota benévolo”, como se llamaba a él mismo amablemente, de los inmensos territorios del Africa del Sur. Al leer los periódicos, nuestros contemporáneos no siempre se acuerdan de que la Rhodesia lleva el nombre de ese ardiente propitario. Pero todo el mundo aprecia la obra de las BOLSAS DE ESTUDIO RHODES. Antes de morir, Sir Cecil consagró su fortuna a las bolsas de estudios, gracias a las cuales todos los años gentes jóvenes de todas las razas, venidos de todos los países de la Comunidad Británica van a instruirse gratuitamente a Oxford.

de Francia y en Francia ha sido la comunión. Y una vez más la influencia extranjera originalmente asimilado ha producido un genuino y brillante resurgimiento del espíritu español. Agradecemos esto a la Francia Immortal. Aprendan los americanos que no perderán su españolismo porque se hagan más cultos, incorporándose la vitalidad espiritual de Francia. Serán más españoles por eso mismo, como lo seremos más españoles, también, aunque otra cosa piensen algunos trogloditas, que diría el maestro Unamuno, que piensan que influencia extranjera es mala y que casticismo equivale a patriotismo.





I padre tenía una pequeña hacienda en Nottingham; yo era el tercero de sus cinco hijos y cuando cumplí catorce años me envió al colegio de

Emmanuel, en Cambridge, en el que estuve tres años, durante los cuales estudié asiduamente. Pero, a pesar del precio módico de mi pensión, el gasto que representaba mi estancia en el colegio aun era excesivo para mi padre, por lo que decidió que entrase de aprendiz en Londres, en casa de Mr. Jacobo Bates, célebre cirujano, a cuyas órdenes estuve durante cuatro años. De vez en cuando, mi padre en enviaba pequeñas sumas, que yo dedicaba a facilitar los medios para estudiar navegación y las ciencias matemáticas necesarias a los que se proponen viajar por mar, lo que preveía yo que, más pronto o más tarde, sería mi destino. Cuando abandoné la casa de Jacobo Bates, regresé a la de mi padre, y entre éste, mi tío Juan y algunos otros parientes, logré reunir la suma de cuarenta libras esterlinas y que me prometiesen enviarme otras treinta libras anuales para costearme mi estancia en Leyde. Allí estudié medicina durante dos años y siete meses, convencido de que me sería muy útil su conocimiento en viajes de larga duración.

Poco después de mi regreso de Leyde, y gracias a la recomendación de mi antiguo maestro Jacobo Bates, obtuve el empleo de cirujano en la «Golondrina», en la que navegué tres años y medio, a las órdenes del capitán Abraham Panell, recorriendo, durante este tiempo, el Oriente y otros lugares.

A mi vuelta, resolví establecerme en Londres. En esta decisión mía influyó grandemente mister Bates, que me presentó a algunos de sus enfermos. Alquilé, así, un piso en una pequeña casa del barrio de Old-Jewry y poco después me casé con la señorita María Burton, hija segunda de Eduardo Burton, sombrerero y vendedor de géneros de punto de la calle de Newgate, la cual aportó, como dote, cuatrocientas libras esterlinas.

Pero mi buen maestro, Mr. Bates, murió dos años después, y como yo tenía entonces un corto número de relaciones, mi clientela comenzó a disminuir, porque mi conciencia no me permitió recurrir a los reprobables medios que empleaban la mayor parte de mis colegas. Así, después de consultarle con mi esposa y algunos amigos, tomé la resolución de volver a embarcarme. Sucesivamente, fui cirujano de dos barcos, y varios viajes que hice a las Indias orientales y occidentales en el transcurso de unos seis años, me permitieron aumentar ligeramente mi pequeña fortuna.

En mis ratos de ocio, me dediqué a leer los mejores autores antiguos y modernos, y siempre llevaba conmigo buen número de libros; y cuando desembarcaba, observaba las costumbres y hábitos de los pueblos, aprendiendo al mismo tiempo, el idioma del país que visitaba, lo que no me costaba gran esfuerzo, gracias a mi excelente memoria.

Como el último viaje no fue muy afortunado, sentí disgusto por el mar y acordé quedarme en casa con mi mujer y mis hijos. Me trasladé desde Old-Jewry a Fetter-Lane, y más tarde, me fui a Wapping esperando encontrar clientela entre los mari-

# GULLIVER



AS versiones para niños de los Viajes de Gulliver no dan ni remota idea de los propósitos de la obra ni de la personalidad del autor: Jonathan Swift, poeta y crítico inglés (1667-1745), considerado como uno de los maestros de la sátira, en parangón con el francés Rabelais. Los viajes que realiza Gulliver a países imaginarios tienen por objeto hacer la autopsia de la sociedad inglesa y de su Gobierno. También en su Cuento del Tonel se burla del Papa y de los grandes reformadores: Lutero y Calvino.

Aquí presentamos algunos fragmentos del viaje de Gulliver al país de los enanos, Lilibut, incluso algunas apreciaciones sobre costumbres, que el autor contrapone a las de su patria. Y varios de los párrafos de la explicación que hace el incansable viajero en el curso de otra de sus aventuras, acerca de las instituciones británicas.

neros, pero no me salieron bien las cuentas. Después de esperar vanamente, durante tres años, que mejorase el estado de mis negocios, acepté una ventajosa oferta del capitán Guillermo Pritchard, para embarcarme en el «Anulope» y partir con dirección a los mares del Sur. Empezamos el viaje desde Bristol, el día 4 de mayo de 1699, y al principio el viaje fué bueno.

Resultaría inútil y enojoso para el lector narrar detalladamente nuestras aventuras en esos mares; sólo haré saber que, en la travesía por las Indias orientales, nos cogió una violenta tempestad que nos arrojó al noroeste de la tierra de Van Diemen, en contrándonos a 30° y 2' de latitud meridional. Doce de nuestros hombres habían muerto por la fatiga y la mala alimentación; los demás, estaban en un estado de completo agotamiento. El 5 de noviembre, fecha en que comenzaba el verano en aquel país, el cielo estaba cerrado; de pronto, los marineros divisaron una roca que estaría a medio cable de nuestro barco, pero el viento era tan fuerte, que nos arrojó contra ella, averiando gravemente el barco. Seis hombres de la dotación, entre los cuales me contaba, lanzamos al agua la chalupa, enlontrando así el medio de desembarazarnos del barco y de los escollos. Navegamos a remo alrededor de unas tres leguas, pero al fin el cansancio nos impidió remar. Completamente agotados, nos dejamos llevar por las olas; una media hora después, una ráfaga de viento Norte hizo volcar la chalupa.

Ignoro la suerte que correrían mis compañeros, tanto los que se quedaron en el barco como los que se embarcaron en la chalupa; supongo que se ahogaron. En cuanto a mí, nadé a la ventura, empujado por el viento y la marea hacia tierra. De vez en cuando, tanteaba con los pies, mas sin encontrar fondo; pero al fin pude ponerme en pie, cuando ya estaba a punto de perder las fuerzas y la tempestad comenzaba a atenuar su violencia.

Como la pendiente era casi insensible, aun tuve que andar una milla antes de salir a la playa; serían entonces, según mis cálculos, las ocho y media de la noche. Ya en tierra, anduve media milla sin descubrir ninguna casa ni huellas de habitantes, aunque tal vez estuviese tan extenuado que nos la viera. La fatiga, el calor y media pinta de aguardiente que había bebido antes de abandonar el barco, hicieron que el sueño fuese apoderándose de

mi; así, me acosté sobre la hierba, que era muy fina y suave, y poco después quedé sumido en el más profundo sueño que jamás hubiese dormido; así estuve nueve horas, pues desperté con el día. Traté de levantarme, pero todo fué en vano. Estaba echado sobre la espalda y advertí que tenía las manos y las piernas atadas a ambos lados del terreno, y mis cabellos largos y espesos, atados de la misma manera. También sentí muchas cuerdas finísimas que rodeaban mi cuerpo, desde las axilas a los muslos.

No podía mirar más que hacia el cielo y como el sol comenzaba a calentarme demasiado, su resplandor me fatigaba los ojos. Oía gran ruido a mi alrededor, pero, debido a la postura en que estaba, repito, no podía mirar más que al cielo. Poco después sentí que algo se movía sobre mi pierna derecha y ese algo avanzó lentamente por mi pecho hasta llegar al mentón. Esforzándome cuando pude dirigí mi mirada hacia él y vi que era un ser humano de unas seis pulgadas de altura, que llevaba en la mano un arco y una flecha, y un carcaj terciado a la espalda. Al mismo tiempo vi que le seguían unas cuarenta criaturas semejantes a él. Sorprendido, lancé tales gritos, que todos aquellos seres se retiraron asustados; después supe que algunos habían resultado gravemente heridos por las caídas, al precipitarse a tierra. Sin embargo, bien pronto volvieron, y uno de ellos, que tuvo el arrojo de adelantarse para ver mi rostro, levantó las manos y los ojos asombrado, gritando con voz chillona, pero clara:

—Hekinah degui.

Sus compañeros repitieron muchas veces las mismas palabras, de las que no pude comprender el sentido.

Como el lector supondrá, yo estaba en una posición muy molesta. Al fin, con mis esfuerzos para soltarme, pude romper las ligaduras y arrancar las estaquillas que sujetaban a tierra mi brazo izquierdo y alzándolo un poco, descubrí lo que me tenía cautivo. Al mismo tiempo, con una sacudida violenta que me causó dolor vivísimo, logré aflojar ligeramente los cordones que sujetaban la parte derecha de mis cabellos, de suerte que pude ya volver un poco la cabeza. Entonces, aquellos insectos humanos huyeron antes de que pudiese tocarlos, y comenzaron a lanzar gritos agudísimos. Al cesar el vocerío, pude entender uno de esos gritos: **Tolgo phonoc** y

en seguida sentí mi mano izquierda agujoneada por más de cien flechas que me pinchaban como otras tantas agujas; luego, hicieron otra descarga al aire, como hacemos en Europa cuando disparan la artillería por elevación. Muchas de las flechas creó que caerían sobre mi cuerpo, pues no las sentí, pero otras fueron a dar sobre mi cara, que trataba de cubrir con mi mano. Cuando esta granizada de flechas hubo pasado, me esforcé aún más por librarme, pero me hicieron entonces una descarga aún más nutrida que la primera y hasta algunos trataron de clavarme sus lanzas, lo que no consiguieron, afortunadamente, porque yo vestía un colete de piel de búfalo, que no pudieron atravesar. Por da agujoneada por más de cien móviles hasta que llegase la noche; entonces, tediendo ya libre mi mano izquierda, podría desatarme en seguida. Con respecto a los habitantes, si todos eran de la misma talla que los que había visto hasta entonces, fundadamente me creía en igualdad de fuerzas con el más poderoso ejército que pudiesen poner en pie de guerra para atacarme.

—II—

## Capital de Lilibut

La primera petición que hice después de obtener la libertad, fué que me permitiesen visitar Mildendo, capital del imperio, a lo que accedió el emperador, si bien recomendándome que no hiciese ningún mal a sus habitantes, ni deteriorase sus casas. Por medio de proclamas, se avisó a la ciudad. La muralla que circundaba el pueblo de mi deseo de visitar la daba a ésta, tenía una altura de dos pies y medio y un espesor de once pulgadas, de suerte que un carruaje podía pasear por encima de ella y dar así la vuelta a la ciudad, con toda seguridad. Esta muralla estaba flanqueada por sólidas torres a diez pies de distancia una de otra. Entré en la ciudad pasando por encima de la puerta occidental, y anduve muy lentamente de costado por las dos calles principales, vestido sólo con el colete, por miedo a deteriorar los tejados y aleros con los faldones de mi casaca. También caminaba con el mayor cuidado, temeroso de pisar a los que hubiesen podido quedarse en las calles, no obstante las órdenes terminantes que habían sido dadas para que todos permaneciesen en sus casas. Los balcones y ventanas de los primeros, segundos, terceros y cuartos pisos, y hasta los graneros o buhardillas y aun los aleros, estaban llenos de tan gran número de espectadores que conjeturé que debía estar muy poblada la ciudad. Esta formaba un cuadrado exacto, y cada lado de la muralla medía quinientos pies de longitud. Las dos calles principales, que se cruzaban, la dividían en cuatro cuadrados iguales, y tenían cinco pies de anchura; las calles más pequeñas medían de doce a dieciocho pulgadas de anchura, por lo que no pude entrar en ellas. Me pareció que la población de la capital debía ascender a quinientas mil almas. Las casas eran todas de tres o cuatro pisos y las tiendas y mercados estaban bien provisionados. Antiguamente, hubo buena ópera y buena comedia, pero la escasez de autores subvencionados por el príncipe era causa, a la sazón, de que no hubiese nada extraordinario en esos géneros.

El palacio del emperador, situado en el centro de la ciudad, donde se cruzaban las dos calles principales, estaba rodeado por una muralla de veintitrés pulga-



das de alto y separada de los edificios por una distancia de veinte pies. Su majestad me permitió saltar por encima de la muralla para que viese su palacio por todos sus lados.

—III—

### Costumbres de Lilliput

Tenían leyes y costumbres muy extraordinarias, que yo tal vez trataría de justificar si no fuesen tan opuestas a las de mi querida patria. La primera que mencionaré se refiere a los delatores. Todos los crímenes contra el Estado eran castigados con el máximo rigor, pero si el acusado lograba demostrar su inocencia, el acusador era condenado a una muerte ignominiosa inmediatamente y todos sus bienes se confiscaban en provecho del inocente. Si estos bienes eran insuficientes, el Tesoro los suplía, y hasta el mismo soberano añadía alguna prueba de su favor a la indemnización pecuniaria y hacía proclamar por todo el país la inocencia del hombre falsamente inculcado.

El fraude estaba considerado como un crimen más grande que el robo, pues siempre se castigaba con la muerte, porque tenía por principio que el cuidado y la vigilancia podían defender los bienes de una persona contra los ladrones, pero que la probidad no tenía ninguna defensa contra el engaño y la mala fe en los negocios. Una vez supliqué gracia al emperador para con un criminal que se había quedado una cantidad de dinero que su patrón le había enviado a cobrar; yo dije a Su Majestad que la falta era un simple abuso de confianza, pero al monarca le pareció monstruoso que tratase de justificar la falta con lo que era, en realidad, una agravante del delito; a esto sólo pude contestar con el lugar común de que cada país tenía sus costumbres, pero intimamente estaba avergonzado.

En la selección de los individuos para ocupar los empleos, se atendía más a la probidad que a la inteligencia, porque consideraban que siendo necesaria al género humano la administración, la Providencia no pudo desear jamás que la administración de los asuntos públicos fuese una ciencia difícil y misteriosa que no pudiera ser dominada nada más que por un corto número de espíritus raros y despiertos, tales como los que sólo nácian dos o tres en cada siglo; en tanto que la verdad, la justicia, la templanza y otras virtudes estaban al alcance de todo el mundo, y que la práctica de estas virtudes, acompañadas de un poco de experiencia y buena intención, convertían a todo hombre sensato en apto para el servicio de su país. También estaban persuadidos de que la ausencia de tales virtudes no podía suplirse con la amplitud de conocimientos, sino que, por el contrario, las personas que poseyesen estos conocimientos, y no fuesen de buenas costumbres ni tuviesen buena fe, serían mucho más peligrosos en los empleos de lo que podría serlo un ministro ignorante y de limitada inteligencia, pero íntegro. Asimismo creían que los errores de un hombre honesto no podían ser tan funestos para el bien público como las prácticas tenebrosas de un ministro cuyos fines fuesen criminales, pues encontraría en los recursos de su inteligencia el modo de hacer mal impunemente.

—IV—

Crítica de la sociedad europea  
—Frecuentemente— dije— do  
principes se hacen la guerra por-

que los dos quieren despojar a un tercer país, aunque ninguno de ellos tenga el menor derecho. Otras veces, un soberano ataca a otro por temor de ser atacado. Se declara la guerra a un vecino porque es demasiado poderoso o muy débil. También se declaran guerras, porque el vecino dispone de cosas que nos faltan, o bien porque tenemos cosas de que ellos carecen, y entonces se combate por conquistar o perderlo todo. Otro motivo muy excusable para declarar la guerra a un país es cuando se le sabe debilitado por el hambre, asolado por la peste o desangrado por guerras civiles. Un príncipe puede hacer la guerra a su aliado más próximo si una de las ciudades o provincias de este último convienen al primero para redondear sus dominios. A veces, un monarca lleva fuerzas considerables a un país cuya población es pobre e ignorante y asesina legalmente a la mitad de aquellas gentes y reduce a la esclavitud al resto, con objeto de civilizarlas y sacarlas de la barbarie. Una práctica muy corriente y considerada como muy poderosa y digna para un rey, es la de llevar socorros a un príncipe invadido y castigar a los enemigos de sus Estados, apoderándose luego del país, después de asesinar al monarca en cuyo auxilio ha ido. Las alianzas y los matrimonios contribuyen en buena parte a originar guerras entre los príncipes, y cuanto mayor es su parentesco, más fácilmente se convierten en enemigos. Las naciones pobres están hambrientas; las ricas son ambiciosas, y la indigencia y la ambición siempre se han hecho la guerra. Por todas estas razones, el oficio de soldado es, entre nosotros, el más horrible; porque el soldado es un yahu pagado para matar a sangre fría a sus semejantes, aunque no le hayan hecho ningún mal.

—Nosotros tenemos— prosigue— una colección de hombres a quienes se enseña desde su juventud el arte de probar, mediante palabras multiplicadas expresamente, que lo blanco es negro y lo negro, blanco, según el precio que se ponga a sus palabras. Por ejemplo: mi vecino desea tener una vaca; pues está seguro de que encontrará un hombre que las leyes que probará tiene derecho a quitarme mi vaca. Entonces yo estoy obligado a pagar otro legista para defender mi derecho, porque la ley no permite que nadie se defiendan por sí mismo. De donde resulta que, para mí, que soy el verdadero propietario, la situación es doblemente perjudicial; primero porque mi abogado está acostumbrado a defender falsedades y se encuentra desplazado de su elemento al verse obligado a mantener la verdad; así es que lo hace con torpeza, si no con mala voluntad. Por otra parte, mi abogado debe proceder con gran prudencia; de lo contrario estaría expuesto a excitar el odio de sus colegas ser amonestado por los jueces y como si fuera un novicio. Por lo tanto, no me quedan sino dos medios para conservar mi vaca. El primero, sobornar al abogado o al procurador público ofreciéndole el doble de sus honorarios, y entonces traicionará a su cliente diciéndole que la justicia está de mi parte. El segundo debe ser puesto en práctica por mi abogado y consiste en hacer aparecer mi caso lo peor posible, declarando que la vaca es de mi adversario, lo que ciertamente se hace para ganar el favor del tribunal. Vuestro Honor ha de saber que el tribunal, es decir, los jueces, son personas investidas de poder para decidir en todas las discusiones que puedan

## EFEMERIDES

39

Jor GEORGES FRADIER

### Samuel Hahnemann

Médico sublevado contra la medicina oficial, Hahnemann se pasó la vida buscando remedios, sin avergonzarse de ello. A los 36 años, instalado en Leipzig, renunció a la clientela para consagrarse a los estudios, condenándose así a la pobreza no sólo personal sino de toda su familia. Se metió en la química, en la mineralogía y en la lectura de los antiguos: Hipócrates, los árabes y Paracelso, así como en la de Van Helmont, Stahl y de Haller. En 1790, estudiando las propiedades de la quina, escribió esta frase: "Las sustancias que provocan una especie de fiebre, cortan las diversas causas de fiebres intermitentes." Era el alba de un descubrimiento. Muy pronto, Hahnemann fundaba la homeopatía sobre la ley de la semejanza (similia similibus curantur), sobre la individualización del enfermo y sobre la individualización del remedio. Creó la experimentación sistemática sobre el hombre sano y descubrió el poder de los remedios diluidos. A pesar de enormes dificultades, logró dar a conocer sus ideas y formar alumnos. Ya viejo, conoció la celi-bridad, el lujo e incluso una felicidad con la que jamás había soñado; porque una muchacha se enamoró de él, se casaron y se lo llevó a París, en donde a los 80 años fué el médico de moda en la alta sociedad. Murió el 2 de Julio de 1843. "Sus ideas, escribía recientemente un profesor de medicina, son prácticamente las únicas que se han conservado válidas de entre las teorías terapéuticas de uso corriente en la primera mitad del siglo XIX. El valor de las ideas de Hahnemann se impone cada día un poco más a la luz de los trabajos y de los descubrimientos de la medicina y de la ciencia contemporáneas." h

### James Whistler

Muerto hace 50 años, el 17 de julio de 1903, Whistler sigue siendo todavía el más célebre de los pintores americanos. Se consideraba a sí mismo como "un maestro sin relación con su época", y seguramente hubiese rechazado el título que le conferimos. Su infancia discurrió en Rusia, donde estaba su padre de ingeniero; estudió en París y vivió muchos años en Inglaterra. Amigo de Coubert, de Degas, y más tarde de Dante Gabriel Rossetti, no fué alumno de nadie, salvo quizá de los japoneses, que fué uno de los primeros en descubrir. Al margen de las grandes corrientes de la pintura de finales XIX, dió pruebas de una individualidad y de una consciencia indiscutibles. Su concepción del arte se iba haciendo con los años cada vez más orgullosa y más austera. Sus críticos le reprocharon una delicadeza demasiado sutil y refinamientos exagerados. Sus mejores telas, el Retrato de su madre, el de Carlyle, el Nocturno en azul y plata o en el Puente Viejo de Battersea son, en cualquier caso, obras maestras de gloria duradera.

tre particulares acerca de sus bienes y deciden también en asuntos criminales. Estos jueces se escogen entre los más duchos legistas cuando han envejecido o están cansados de su oficio, y como se han pasado la vida luchando contra la verdad y la equidad, se ven arrastrados, como por una necesidad fatal, a favorecer el fraude, el perjurio y la opresión, de tal modo, que he visto rechazar obsequios de valor de la parte que tenía razón que faltar al honor del cuerpo alejándose del espíritu de su oficio.

«Es una máxima entre los jueces que todo lo que ha sido juzgado anteriormente está bien juzgado. Así, tienen buen cuidado de conservar en un archivo las sentencias ya dictadas anteriormente, incluso las que ha dictado la ignorancia, y que son las más opuestas a la equidad y recta justicia. Estas sentencias constituyen lo que se llama jurisprudencia, citándose las como autoridades, y los jueces, antes de redactar sus informes y dictar sentencia, no dejan nunca de consultar y todo se prueba y justifica por ella. En los informes se evita cuidadosamente tocar el fondo de la cuestión, y los abogados se apoyan sobre todas las circunstancias con una violencia, unos gritos y un ardor que las más de las veces es insostenible. Por ejemplo, en el caso anteriormente mencionado, no buscarán nunca qué títulos demuestran la

propiedad de la vaca, pero querrán saber si es blanca, negra o roja, si tiene cuernos muy largos, si el campo en que pasta es redondo o cuadrado, si se tiene la costumbre de ordeñarla dentro o fuera de la casa, qué enfermedades padece, y así sucesivamente, y luego se dedican a consultar la jurisprudencia. Después se aplaza la causa una y otra vez, y quizá diez, veinte o treinta años más tarde se la juzgue al fin.

«Debo advertir que las gentes de leyes tienen un lenguaje propio, más bien una jerga, que los demás no entienden y en la cual están escritas todas las leyes. Además, se cuidan de multiplicar estas leyes, y por tal medio han confundido enteramente los caracteres esenciales de lo verdadero y lo falso, de lo justo y de lo injusto, de tal modo que se necesitarían treinta años para decidir si la tierra que me dejaron mis antepasados después de poseerla desde hace seis generaciones, es más mía que de un desconocido que viviera a cien leguas de mi dominio.

»En los procesos que se siguen a personas acusadas de crímenes contra el Estado, el método que se emplea es mucho más expeditivo y recomendable. El juez sondea la opinión de los gobernantes, y cuando la conoce, fácilmente mata o absuelve a un criminal observando estrictamente todas las formas legales.

# DANTE

Por Antonio Caso

**D**IFÍCILMENTE se hallará en los fastos de la historia intelectual un hombre más grande que Dante Alighieri. Grande el poeta, único, y el pensador casi tan grande como él. Clausura la segunda mitad de Europa y abre con álea llave, el elogio de la lengua vulgar, el tesoro poético de los tiempos modernos. Es el cisne postrero de un mundo que muere y la alondra de un mundo que nace o renace. Tiene la majestad de los semidioses de la leyenda y el dolor y la tribulación de una raza. Es una fuerza armoniosa y un pensamiento moral. Nadie le iguala, nadie le supera. Los mayores ingenios de la edad moderna son sus vástagos. Todos los artistas que supieron dar a la vida sentido trascendental, cobijanse bajo la sombra de su gloria. En él, el catolicismo tuvo un poeta igual a Homero y la humanidad un representante genuino de la alteza de su anhelo. La luna virgiana, como que se decora con el prestigio de nuevos colores al iluminar las lobreguezes del Infierno. Situado en el vértice de los tiempos, como el dios Enero, mira confiadamente hacia la ciudadela del porvenir, y hacia la montaña confusa del pasado. Alfa y Omega, Aurora y Ocaso, Libertad y Poesía. ¡Todo es Dante!

Quando rugía la tormenta del Sacerdocio y el Imperio, Dante fué gibelino, es decir, imperialista. Expuso en su CONVIVIO los fundamentos legítimos de la idea imperial, que asegura la libertad de las gentes; porque para Alighieri, a diferencia de lo que enseñan hoy los imperialistas europeos y americanos, la base del poder humano no radica en la fuerza, sino en la razón misma; "así como los golpes del martillo son la causa ocasional que forja la espada; pero el alma del herrero es su razón eficiente y determinante."

Como el alma humana no se contenta con poseer un territorio determinado, sino que desea adquirir siempre más gloria y poder, nace la discordia y suscitanse las guerras entre los reinos. Estas tribulaciones hieren y maltratan a las ciudades y a través de las ciudades, a los individuos. El fundamento de la majestad imperial es la necesidad de realizar el fin de la asociación humana, esto es la vida feliz, VITA FELICE. El príncipe, dueño universal, obliga a los reyes a contentarse con sus reinos, de modo que la paz se derrama por el mundo y en ella gozan las ciudades de reposo, ámanse los vecinos, y el hombre vive dichoso, porque para ello nació.

Por virtud de su naturaleza, este poder supremo se llama a secas imperio. Es decir, gobierno de todos los gobiernos. DE TITULI LI COMANDAMENTI EGLI E COMANDANTORE.

En nuestra época hemos visto desaparecer como por arte de encantamiento los últimos restos de la majestad imperial. El 'Santo Imperio Romano Germánico' ha desvanecido sin dejar rastros de su pasada opulencia. Hun diéronse los Hoeszollern en Alemania, los Romanoff en Rusia y los Habsburgo en Viena. Guillermo II, Nicolás II y Francisco José, como los Othones o los Federicos de la Edad Media, son no más, sombras fugaces de la historia europea, emblemas de la inconsistencia de nuestra

na, cetros y diademas deshechos. ¡Ha muerto para siempre la idea gibelina! Ya no puede soñar en el principio de la autoridad universal aquel florentino misterioso, que las mujeres mostrábase, agregando: "ese hombre ha estado en el infierno".

No obstante, algo alienta muy hondo y urgente en la idea imperial del gran poeta, algo de que carece la cultura contemporánea y que puede llevarla al desastre. ¿Quién ejercerá hoy en la tierra la majestad protectora de las gentes, las repúblicas y las instituciones? ¿Quién velará sobre todos, rompiendo las minúsculas codicias de los poderosos y los desposeídos? Los imperios esfumáronse ante las democracias; pero éstas, tan invasoras e imperialistas como ellos, gimen en desamparo. Cunde la desventura, arrecia el egoísmo, y la felicidad de todos, lejos de presentirse próxima mírase tan lejana como en los días terribles del exilio de Alighieri. Hoy, como entonces, llenaría las cárceles del Infierno con los monstruos modernos que, tan hipócritas como los de aquel siglo de hierro, tan perversos como siempre, tan ávidos en las postrimerias de la Edad Media como en los comienzos del siglo XX, se llaman ciudadanos de países libres, y conculcan y pisotean los derechos de los pueblos débiles. ¿Quién ejercerá la imperial disciplina moderna? ¿Quién, como Carlomagno o Barbarroja, por tenerlo todo, dejará de codiciar algo? ¿quién salvará al mundo?... Pobre Dante! El mundo necesita, empero, la autoridad de un principio supremo. ¿La Iglesia? La Asamblea de las Naciones Unidas? ¿La Internacional Socialista? **AL POSTERI L'ARDUA SENTENZA.**

# La Poesía de los Campos

Es el anochecer, es el Angelus El sol cayendo lentamente tras las montañas cercanas que cierran el horizonte y sus últimas rosas sangrando sobre el flanco. Cerca de la tranquera, bajo los porós envueltos por collares de granadillas, que mecen al viento sus copas de miel, un muchacho vocea las vacas para recogerlas en el potrero, después que han ramoneado en la calle todo el día.

Se pierde en el aire sonoro la voz del gañán con cierta melancolía.

—Too... to... to...

Y las vacas perezosas, van asomando sus grandes ojos tristes por el sendero, del cual cogen al pasar las últimas briznas.

En el corredor, unas tablas de roble recién rajado, el pilón con un puño de café en bellota, un banco con la trompa de la teca llevada a la máquina. Sobre el banco, ñor José toca un viejo acordeón. Antiguos danzones del "Rey que rabló", valeses contemporáneos de "Sobre las olas", algo que huele a cosas idas entre las sombras de un pasado. Monotonía y cansancio en esa música. Recuerdos de cosas que se van... Manojos de violetas prensadas hace tiempo en un libro de oraciones.

Parece que el rústico instrumento lloraba en las montañas el destierro a que lo condenaron las blancas manos ciudadanas. A ratos, parece también, que olvidado de ese destierro soltara sus risas plebeyas aldeano, sincero y bueno; que elogia en la amargura de su deajo y la monotonía de sus acordes.

Un viejo perro echado al pie



Escultura costarricense

"Paganini", por Juan Manuel Sánchez

del músico oye con atención aquellas melodías y se ad-

Spina adentro la voz de un chiquillo que reza: "Bendito y alabado sea el Santísimo..."; Vidas generosas aquellas! Vidas de sencillez! Vidas largas! Vidas de santidad! Unas cuantas tortillas, frijoles, el acordeón, los bueyes, la milpa y el perro. Aire de sobra para los pulmones, fuerza de sobra para el brazo y vida santa y robusta bajo el corredorcillo de la casa campesina de teja negra.



**LATINOAMERICANAS EN EL CONCURSO "MISS UNIVERSO".**—Cuatro bellezas latinoamericanas aparecen aquí al llegar a Los Angeles a competir por el título de "Miss Universo" en Long Beach, California. De izquierda a derecha: "Miss Panamá", Emita Arosemena; "Miss Perú", Mary Ann Sarmiento, "Miss Venezuela", Gisela Bolaños, y "Miss México", Ana Bertha Lepe. La vencedora obtendrá un contrato cinematográfico y recibirá, entre otras cosas, un automóvil de sports que vale 3.200 dólares. (INB)

# La Novela Póstuma de Marcel Proust

Por RAMON SENDER



La novela póstuma de Marcel Proust tenía que ser un acontecimiento, y lo está siendo en Europa y en América. Se titula "Jean Santeuil". Tres tomos de las Ediciones Gallimard, de París. En mi opinión, esta novela tiene más interés desde todos los puntos de vista que la mayor parte de sus famosas obras anteriores.

Las opiniones sobre Proust no han sido unánimes. Desde André Gide que rechazó los manuscritos de "A la busca del Tiempo perdido" cuando fueron ofrecidos a las ediciones de la "Nouvelle Revue Française", hasta los jóvenes autores de hoy en Francia, que pretenden tomarlo en broma, no han faltado nunca los que ponen en tela de juicio a Proust. En España, Valle-Inclán no lo estimaba. Solía decir: "Esas novelas interminables de Proust que comienzan con un té en casa de su abuela no me interesan". En sus memorias, Pío Baroja habla de Proust con verdadero desdén. En cambio, Antonio Machado gustaba mucho de Proust, aunque le negaba modernidad y lo consideraba "fin de siècle". Machado hacía llegar, sin embargo, el siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial. Comenzaba el siglo XIX con Napoleón y acababa con Proust.

El prologuista de esta edición póstuma de Proust es André Maurois, a quien conocí años pasados en la Universidad de Colorado. Es un entusiasta de Proust, y publicó no hace mucho un nutrido volumen de cartas íntimas de su héroe. Maurois es un hombre que se acerca a la vejez con un espíritu joven, atento y afable. Dice en su prefacio a "Jean Santeuil": "No se trata de una obra tan perfecta como 'A la busca del Tiempo perdido'". El manuscrito escrito de prisa no ha sido nunca revisado por el autor. Las repeticiones de palabras, las negligencias de estilo, son evidentes. Este manuscrito no es más que la tentativa para encontrar el camino de una novela, los balbuceos de un genio naciente que se busca". Tal vez por todas esas razones, para mí "Jean Santeuil" es mejor que cualquiera otra obra del mismo autor. Los "balbuceos de un genio naciente" pueden ser más sugestivos que la obra retocada, acabada y presuntamente perfecta.

La perfección —la supuesta perfección, porque nunca la hay cierta— es con frecuencia sospechosa. El ansia de perfección, que es siempre noble, lleva a muchos autores a una mediocridad estéril. Stendhal, con todos sus descuidos de estilo, es el más vivo y sugestivo de los novelistas del siglo XIX. La perfección de Flaubert resulta a su lado vulgar e inerte.

Yo reconozco que Proust es un hombre de genio, pero el genio francés tiene peculiaridades incómodas, y los españoles vemos en él, a menudo, una falsedad básica en su manera de afrontar la realidad. Si añadimos la prolijidad fatigadora de la forma, y el uso de recursos de ingenio que nunca nos han impresionado, la lectura de "A la busca del Tiempo perdido" no fué nunca un placer, lo ha sido "Jean Santeuil".

Hace algún tiempo leí las cartas de ese famoso autor editadas por Maurois. Sus cartas se leen mejor que sus novelas. No hay

que pensar que las cartas de los grandes autores franceses sean más sinceras que sus escritos públicos. La obra y las cartas de Proust forman en su conjunto como un monumento de coquetería intelectual de cuyas proporciones todos tenemos derecho a asombrarnos.

Hay quien dice que Proust es un francés típico; pero a mí no me lo ha parecido nunca, porque me da la impresión de alguien que "quiere ser francés" y que, precisamente por eso, por afectar lo gálico, parece más francés que los franceses. Suele suceder que un americano de origen inglés parezca en New England más inglés que los ingleses, porque tiene la afectación y el énfasis, mientras que los de Inglaterra sólo tienen la naturaleza. Lo mismo pasa con algunos españoles criollos de América. Tal vez por no ser francesa la obra de Proust ha influido poco dentro de Francia y mucho más en el resto de Europa, especialmente en Alemania e Inglaterra. Por cierto que los ingleses influidos por Proust son superiores al modelo: Virginia Woolf y James Joyce.

Parte Proust en sus novelas del hecho de que un té en casa de su abuela tiene en sí mismo valor estético. No es que los tés de la abuela de un escritor no puedan ser importantes. Pensemos en lo que serían si los hubiera en la obra de Dostoyevski. Pero al lado de este autor, a quien tanto admiraba Proust, la mayor parte de la obra del escritor francés parece a menudo superflua y obvia. Retienen apenas nuestra atención esos afectos de vana brillantez obtenidos por la acumulación de observaciones, de rasgos de carácter y de detalles de descripción física. Pero incluso en sus mejores momentos, la atmósfera de Proust resulta demasiado fluida por referirse a una sociedad que está perdiendo ya gravedad moral y peso específico.

El fenómeno social de Proust es muy curioso. Proust es un gran burgués que quiere pasar por aristócrata. En ese campo comete errores constantes, que le censuran y corrigen sus amigos. Y se afana y perfecciona en esa tarea con una insistencia y minuciosidad un poco tristes. Toda su obra se puede reducir al análisis de la actitud íntima de un burgués que quiere pasar por noble. Y en ese empeño revela Proust una gran riqueza de recursos. La riqueza de Proust tiene un nombre que odian los poetas: psicología. Su pobreza tiene otro nombre, que estiman los oradores y los escritores menores: "sprit" con esos dos elementos, agudeza psicológica y "sprit", las páginas de "A la busca del Tiempo perdido" son la contraepopeya de nuestro tiempo. El broche final de un siglo de grandezas que parece fatigado de sí mismo y gustoso de descomponerse y declinar.

Se habla de la modernidad de Proust; pero a mí me parece un autor más viejo que algunos escritores del siglo XVIII, por ejemplo Lacló, en sus "Liaisons dangereuses". Y más viejo que Stendhal, que vivió dos generaciones antes. También Proust es menos complejo de sensibilidad que toda la constelación de poetas que comienza con Baudelaire y llega hasta hoy. El que Proust cambie cartas con la princesa de Polignac o hable con la condesa de Noailles, Rousseau, Corneille, Montaigne, no tratan también con duquesas y princesas, mas eso no quita ni

añade circunstancia alguna a su obra. Proust parece que da a esas relaciones ocasionales o permanentes una tremenda significación.

Proust admiraba, sin embargo, a los grandes autores que estaban en la orilla contraria. Incluso, como decíamos, a Dostoyevski. Tal vez la enfermedad de Proust era de la misma naturaleza que la del autor ruso, aunque menos desarrollada. El asma de Proust era probablemente un asma epileptoide. De los franceses tiene Proust el narcisismo, pero le faltaban esa buena fe y esa solidez interior del "bon monsieur". Dice Baltasar Gracián que el francés confunde el ingenio con el genio y la vanagloria con la gloria. Esos defectos van adscritos, según mi manera de ver, al narcisismo proustiano.

Era Proust una de las personalidades más inconsistentes de su tiempo. No era lo que llamamos un hombre. Ni un homúculo. Era más bien un fantasma, y la aparecen temas tan repetidos descomulgados a un ente especulador, y no a un ser humano. Proust, aislado de la sociedad de París en los últimos años de su vida, escribió lo mejor de su obra pensando en lo que "no había sido", y nos daba una noción del vacío que habría ocupado su vida en el caso de que hubiera sido una vida humana realmente. Todo esto tiene interés literario, y ese interés era mayor en un tiempo de estabilidad moral y valores fijos como el período europeo de 1890 a 1914. Hoy, lo mismo dentro que fuera de Francia, da la impresión de un lujo estéril. Ha llovido mucho desde Proust, y la atmósfera se ha limpiado demasiado para que prosperen sus nebulosidades. Y se ha enrarecido excesivamente en otras latitudes para que nos llame la atención.

A pesar de todo esto, su novela póstuma "Jean Santeuil", que comencé a leer con cierta resistencia, me ha conquistado. No es el Proust que las academias han consagrado. La suerte quiere que su libro más juvenil ha sido publicado después de su muerte. Dice Maurois en el prefacio: "Leyendo esta novela se piensa en los cuadros de juventud de Cézanne o de Van Gogh tan alejados de lo que será más tarde la manera del maestro, pero donde nuestros ojos esclarecidos y guiados por el recuerdo de lo que siguió descubren con gusto las promesas realizadas más tarde".

Comienza Proust en "Jean Santeuil" con un cuadro de juventud lleno de incidentes familiares. Y aparece temas tan repetidos después en su obra, como el amor del infante por su madre, que sufre cuando ella trata de ignorarlo con el propósito de hacer de él un muchacho fuerte y viril. Tam bién se ven en esa primera parte los antecedentes de todas las que vendrán después. Santeuil lee a Leconte de Lisle y se recrea con versos como los siguiente:

**El pasado se muestra inextinguiblemente hecho del torbellino de la apariencia vana.**

En todo caso, esta novela póstuma es la menos vana de Proust. Quizá porque el autor estaba estaba escribiendo un borrador y tenía la impresión de que no iba a imprimirse. En ella el narcisismo y la coquetería intelectual no son tan fuertes ni tan insisten es.

La novela, que es muy larga,

## CONGRESO DE SOCIOLOGIA

Del 10 al 17 de julio se celebrará en Río y San Pablo el II Congreso Latinoamericano de Sociología, con la participación de las universidades del Brasil, las instituciones internacionales y los grupos de especialistas del mundo entero.

En el programa han sido inscritas diversas cuestiones de orden teórico y en especial el estudio de los métodos de investigación y enseñanza en cada una de las Repúblicas latinoamericanas.

Otros apartados comprenden el estudio de la estructura familiar en las sociedades pre-coloniales y post-coloniales, las comunidades rurales en las regiones, las instituciones y grupos políticos y la contribución de la sociología a la solución de los problemas sociales en el ámbito nacional e internacional.

tiene nueve partes. La primera es la vida de infancia y liceo. Con frustraciones sentimentales y lecturas precoces. La segunda está llena de descripciones de la naturaleza (Aparecen en ella también una serie de parientes de Proust, que más tarde volveremos a encontrar en su obra. Unos humorísticos, otros ingenuos y simples, algunos grotescos. Esos caracteres están menos recargados de comentario y glosa que los de Swan, Saint Loup, Bloch, figuras centrales del resto de su obra.

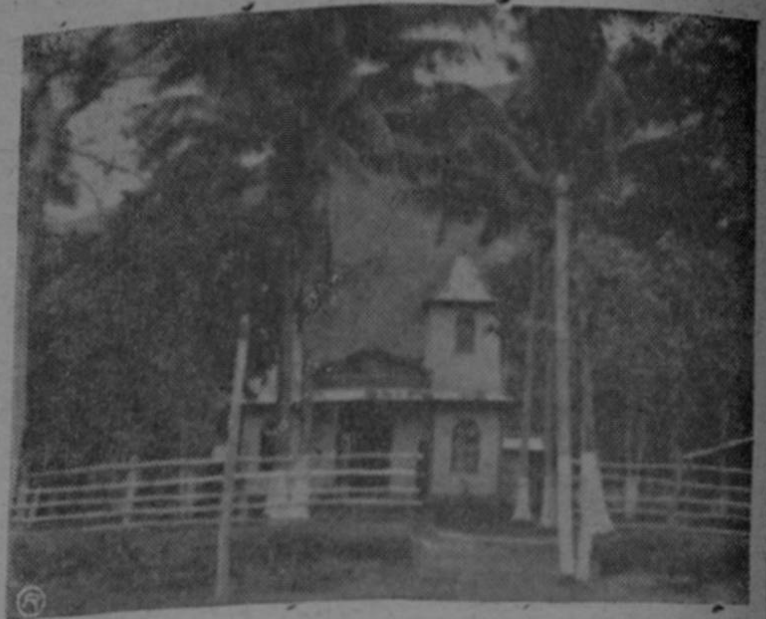
Un tipo nuevo aparece en la tercera parte: el filósofo Beaulieu a cuya clase asiste Santeuil. Es el profesor Dariu, que lo fué realmente de Proust. La cuarta parte ofrece la entrada en sociedad de Santeuil con una galería de aristócratas un poco rígidos y deshumanizados. En la quinta parte aparece el panorama político de Francia; en la sexta, una tempestad en el mar la vida en el campo y las fiestas mundanas de verano. Santeuil se ha ido convirtiendo en un personaje elegante cuyos éxitos irritan a los que se sienten postergados. En esta parte reaparece también un amor de infancia de Santeuil, que se adapta difícilmente a la pasión y a los celos de la naciente virilidad. Finalmente, la novena parte está dedicada a describir la serena ancianidad de los padres de Santeuil.

Parece que "Jean Santeuil" fué escrito antes de concebir Proust la idea global de "A la busca del Tiempo Perdido". Se ve en todas partes la frescura de lo espontáneo. Tal vez si Proust hubiera vivido más, habría vuelto sobre esta novela, y dudamos que los retoques de la madurez hicieran de ella una narración más interesante.

Es un motivo de alegría ver que uno puede admirar a un autor a quien hemos leído con escepticismo. Por sí misma y porque contiene los secretos del futuro andamiaje y la mecánica de las primeras obsesiones, que son las más fuertes, "Jean Santeuil" es una obra de primera orden. Hay tipos de Balzac y de Stendhal, fantasmas románticos y perfiles naturalistas. Vemos al autor con sus debilidades (reverso de una posible fuerza) y sus virtudes (reverso de vicios latentes). Detrás de este libro póstumo, la figura de Proust no aparece más grande ni más digna de admiración, pero sí más completa y más simplemente humana.

# TURRUBARES

Fué creado por Decretos N° 56 de 30 de julio de 1920 y N° 5 de agosto de 1920. Su población actual se aproxima a los seis mil quinientos habitantes. Consta de los distritos de San Pablo, con la villa del mismo nombre y los caseríos de Purires, Bolsón y Alto de la Cruz; el de San Pedro, con el barrio de esa denominación y los caseríos de San Francisco, La Pita y Florecilla; el de San Juan de Mata, con el barrio de ese nombre y los caseríos de El Barro, Tronco Negro, La Víbora, Syrtubal, Carara, Las Delicias, El Sur, Bija-Galán, San Gabriel, Los Sitios, Turrubaritos, La Esperanza, Bija-gual y Pacayal; y el de San Luis, que comprende el barrio así llamado y los caseríos de Quebrada Azul, Llano Bonito, San Rafael y La Fila.



**E**l nombre del cantón es de origen indígena, presumiéndose que se deba a un cacique que tuvo allí asiento en la época de la colonia, llamado Tururabá, y que era muy amigo de Vásquez de Coronado. La misma denominación tiene una ramificación de la cordillera de Puriscal, y uno de sus picos, a 1825 metros sobre el nivel del mar, se llama "Volcán de Turrubares". En los mismos cerros tiene sus fuentes el río de ese nombre, que va a dejar sus aguas al río Grande de Tárcoles.

El territorio cantonal tiene una población aproximada de 1.800 kilómetros cuadrados. Produce en abundancia maíz, frijoles, arroz, pastos y caña de azúcar, artículos que son llevados a los mercados de Orotina y San José. El clima es generalmente cálido, pero hay lugares frescos en las alturas del Poró, del Lanás y del Turrubares.

La villa cabecera es San Pablo. Se encuentra en un pequeño vallecito formado por las cabeceras del río Turrubares en las montañas del mismo nombre. Se comunica con las poblaciones de la meseta central por medio de una carretera, pero su mejor salida es a la estación de Quebradas en el ferrocarril al Pacífico, de la cual dista tan solo unos cinco kilómetros. Pero también se comunica con Orotina y San Mateo a través de una buena carretera.

La villa de San Pablo es un lugar pintoresco, a una altura de 370 metros sobre el nivel del

mar y con una temperatura de 28° centígrados. En sus cercanías corre la Quebrada de Los Angeles y los riachuelos El Brujo y San Pablo, que antes de caer al río Grande de Tárcoles forman bellas cascadas de más de cincuenta metros.

Cuenta San Pablo con un regular cuadrante aunque poco poblado, una buena iglesia y casa cural y a su frente una hermosa plaza pública actualmente en servicio de deportes. Tiene un buen edificio municipal, donde también se alojan la Jefatura Política, Alcaldía, Telégrafos y Correos. Y escuelas bien dotadas. El comercio es activo y adecuadamente abastecido para el servicio de la villa y lugares vecinos.

Los límites del cantón fueron determinados en el decreto de creación, en los términos siguientes: Norte, río Grande de Tárcoles en medio, desde la desembocadura del río Chucás hasta la provincia de Puntarenas; Este, río Chucás en medio, con la Balsa del cantón de Mora, Quebrada de La Pita en medio con Grifo Bajo; de este punto una línea recta hasta el Alto del Poró en línea recta hasta la desembocadura del río Quebrada Azul en el río Turrubares, con la Pita de Grifo Alto, siguiendo el río Quebrada Azul de Norte a Sur en parte, y en parte el mismo rumbo hasta la provincia de Puntarenas, con Llano Hermoso y terrenos baldíos del cantón de Puriscal; y Oeste, la provincia de Puntarenas.

(NOTAS, gentileza del ingeniero don Jaime Granados Chacón)

